

PQ
8498.12
077
C8
1989

UNIVERSITY OF ARIZONA



3900102777013

CUENTOS TALLANES



cipca

CENTRO DE INVESTIGACION Y PROMOCION DEL CARIACARANGU

SERIE: CUENTOS PIURANOS



VICTOR BORRERO VARGAS

CUENTOS TALLANES

PO
8498.12
077
C8
1989



cipca

CENTRO DE INVESTIGACION Y PROMOCION DEL CAMPESINADO

SERIE: CUENTOS PIURANOS

2

Edición a cargo de Houdini Guerrero Torres

© CIPCA

Centro de Investigación y Promoción del Campesinado

Av. Independencia s/n, Miraflores

Apartado 305

Piura, Perú

Telf.: (074) 328634

Impreso en el Perú, Febrero 1989.



PALABRAS URGENTES

CUIDATE PIURA... DE TU PIURANIDAD

Cuídate España de tu propia España, escribió Vallejo avizorando genialmente lo que después ocurrió cuando Franco se hizo al poder. Se me viene a la mente lo que le sucede a Piura y a su tan pregonada piuranidad. Tema —por cierto— favorito de aquéllos que se gastan infulas de eruditos y creen que la historia se resume en árboles genealógicos para ensalzar familias identificándolas con nuestro proceso histórico-social-cultural, satisfaciendo su propio orgullo y vanidad, nostálgico de los blasones y títulos nobiliarios —de los que carecen— a no ser los que adquirieron por unas cuantas pesetas en España, pasando a ser marqueses, condes, o duques luego de haber sido agiotistas, usureros, asaltantes, cuando no rufianes o calaveras. Sin decirnos lo que es PIURANIDAD, se permiten llenar cuartillas que según ellos trascienden nuestras verdaderas esencias. Nada más apartado de la realidad. La piuranidad es una coartada proveniente de las clases dominantes para justificarse históricamente y presentarse como adalides del pueblo, al que siempre aborrecieron y explotaron en gran forma. Los farsantes de la cultura, que plagan, infectan y empañan nuestro ambiente, son los que por mandato de esas clases dominantes vienen difundiendo esa “piuranidad” que más tiene de mediocre tinglado teatral que de rigor científico y de la que los piuranos deberían cuidarse y avergonzarse, por constituir no sólo una burla, sino un despropósito.

La auténtica piuranidad es mucho más de lo que nos quieren endilgar. Principiando que es un asunto al que hay que tratar con mucha seriedad y delicadeza, sin aventurar conjeturas simplistas y pueriles, por decir lo menos. Entendemos que en el proceso de transculturación han intervenido

múltiples factores, sin embargo siempre la cultura autóctona ha estado en desventaja frente a la europea y si deseamos formular un planteamiento válido tenemos que recurrir obligadamente a las triadas hegelianas, de modo que la cultura autóctona represente la tesis, la cultura europea la antítesis y la transculturación y el mestizaje la síntesis. Si no entendemos la piuranidad desde ese punto de vista, vamos a permitir que los farsantes de la cultura —que usan y abusan de los medios de comunicación que la burguesía piurana ha puesto a su servicio, sin merecerlo— continúen impunemente haciendo de la piuranidad un asunto doméstico y trivial, desprovisto de sentido histórico y social y desdeñando la decidida y fructífera participación del pueblo.

Victor Borrero Vargas

La verdad es que no me acuerdo cuando nací ni cuantos años tengo, quién sabe por qué me lo averiguas, pero te diré que son tantos que ya perdí la cuenta, como la he perdido de los hijos que hice, los hay por cientos te lo alvierto, que el sitio donde vivo lo conocen por mi nombre, Tomapampa de Jambur. Apenitas nomás pa'que lo sepas acaba de parir una china de un tataranieto mío y son hartos los que tengo. Cuando los churres nacen me los trayen pa'que los mire y lo primero que hago es verles el trasero calato. Si lo tienen verde es el callanazo de los Jambur, la seña de mi sangre. Pa'tu curiosidad, tuitos los días paren las chinas de alguno de mis nietos o tataranietos y todos vienen con el callanazo, la demora tá'en aguaitarles el rabo pa'poder respirar tranquilo, ende que el churre es de mi raza.

También ha rato ha parido una china, son de esas chinas de ojos piliches y güena baticola, ya anda en los quince años, pero no es de algotro tataranieto mío, sino de mí. Es la ultimita de mis mujeres y tengo bastantitas; la rallé y le cuajó. Yo de huambras sé mucho y deso que tienen tamién, himen dice que se llama y no es más cosa que un ollejo de haba y el gusto tá'en desollejar; pá'que te enteres yo desollejo chinas tiernitas, que tengas duras sus carnes, como limoncitos las tetas.

Pá'los adivinos, resulta que los padres de la china me han demandado ante el juez de paz, quieren quitármela cuando ya la tengo apartentada, como que ya los'tán logrando, todo porque me reclaman que la tengo inflamada de tanto pisarla, que ni con ñapique ni con baños de asiento la desinflan, que soy exigente dicen y que no respeto ni la dieta, puras habladorías son, yo no soy exigente sino garañón y en deso no hay nada malo, soy querendón para las huambras, así me botaron al mundo.

En estos chismes me encuentras; te diré que esos cholos son un hatajo de malagradecidos, cuando pañé a la churre ya maltona y envarneciendo, le di un pedacito de tierra pa'que siembre yuca, maicito, camote y encima una máquina de coser pa'que se ayude con la hechura de vestiditos, qué más quería. Lo que pasa es que son prosistas y palanganean de que tienen un pariente qués blanco, uno desos hacendados caras peladas y ojos desteñidos, que parecen

caballos overos y como esos blanquiñosos me tienen envidia, me han demandado. Vamos a fregar a ese indio rabo verde, habrán dicho, dejuero.

Toma este poto de chicha, es güena y tá bien desfogada. Mis mujeres la preparan pa'mí especialmente; unas ciernen el maíz serrano, amarillo y grandazo como muelas de piajeno, otras tienden el pachucho al sol pa'secarlo y dorarlo y las demás lo mastican, despacio, como cabras coqueras rumiando, pa'que desfogue y fermente en su punto. Seca el poto, da gusto tomar chicha con el calor que hace, quita la sed sin enfermar, como el agua qués fría y tomarla es pa'que a uno le agarre flus de agua y te pongas cursiento.

Ni una hora hace que recibí la citación del tal juez de paz de Chipillico, pero verás, me daré mis mañas pa'defenderme, más que no haiga andao en escuelas, tardo no soy y pa'hablar lo hago hasta por los codos. La lengua no sólo ta'hecha pa'hablar, sino pa'lamer a las chinas, acuérdate. Oye, tú me cayes bien, ven y siéntate a mi lado, yo conocí a tu padre, recuerdo que montaba una mula lúcumá, era una bestia de estimación y la llamaba la mula lara, aguililla, mansita y andadora, precioso y soberbio el animal. Laceaba a diecisiete brazas, chicoteando la beta por su cabeza y pal'punto nadie lo ganaba, ni dando ventaja; se tumbaba un venao lo menos a trescientas varas y, no es nada, enfrenaba sus caballos que los dejaba del piso que se le antojara, de brazo, de paso llanero, de avance, en fin, según le convenía. Qué casualidad, ayer nomás soñé con él y ahora toi aquí contigo. Nos decíamos compadres, pero de cariño y de blanco sólo tenía los ojos y el pellejo, en el fondo era como nosotros, de güen barro, por eso lo quise tanto, era como la menta.

Verás que no sufro de nada, ni de dolor de muelas, porque las tengo completitas y entuavía me blanqueyan y mi oído es de fístico, oigo cantar las chirocas lejisimos y soy sentilón de noche, como mi perrito chusco. No sé qué será cataratas ni nube, veo calrito y en mi pelo no hay canas, será cerdón igual que mata de caña brava, pero es negro, tinto; por último ni los oídos me zumban ni me duele la barriga, ni siento arcadas ni bahidos. Aquí me tienen por curioso y aplicao, uso las artes de una mesa gentil que fue de mi recontratatarabuelo y, de vez en cuando shingo tabaco y cañazo en conchitas de nácar, el san pedro me prende bien y alcanzo a ver todo, por eso lo sé todo y naide me engatusa. Ah, no creas que abuso de mis artes pa'hacerme de una huambra, sólo echo mano a mis propios encantos y cuando se me antoja una china que yas'tá de merecer, no espero a que se me reviente el hiel, la tomo y basta.

Claro, algunas chinas dicen que lo hacen por un ver, como quien dice pa'probarme, qué va a poder ese mayorcito patuleco, pero yo no patulequeo ni pa'caminar, ya no se le para ni con almidón de pechera, altaneras las chinas; otras más atrevidas gritan que lo único que se me para son las cerdas. Al final

las que me quieren probar terminan siendo probadas, tantito se bajan el tapujo amarrado con chante y yo me les encaramo, sienten enseguida que por la papaya les dentra el viril, tieso y duro como nicula y ya no hay más remedio, las chinas tasquean como burras de tiempo y salen preñadas. Pa'que lo sepas soy tiro fijo, de la primera les suspendo el período y las hago cuajar con juerzas, no albortan ni reventándose diez obleas de quinina juntas. Después las chinas relamidas y ardilosas andan en la habladera, que ellas se hacen de mí y yo no de ellas, pero ai'tá el callanazo que no me deja mentir.

Pensarás qué la leche de cabra que tomo, endulzada con yupisín de algarroba, pero no, tengo mis secretos y no acostumbro decir a naide mis cosas; conste que lo hago porque juide amigo de tu padre. Verás, yo como hígado de tejón, lo preparo como un guiso con raíz de huanarpo, hartas cebollas y uno que otro diente de ajo, de ajo macho tiene que ser. Lo malo es que los tejones sestán raleando, lo mismo que los montes, con el tiempo no vamos a tener ni un charán ni siquiera para sombreamos. Tamién el corazón de la putía es güeno, sobretodo la que pañas de pechito, pero más mejor es el de la colemba rabo negro; tienes que dejarlo secar, luegoito lo mueles, lo envuelves en hojas de borrachera y el polvo te lo sobas en las manos; no hay huambra que te venga con requiebros.

Pero de nada vale que tú hagas lo mismo, eso depende de la índole de cada uno, agora los hombres son aguaos y flojos, nosotros semos de güen barro y no como ustedes, óyelo bien. Yo siempre juide el cacique Tomapampa de Jambur, ende el tiempo que las piedras eran blandas, cuando los gentiles y lo seguiré siendo hasta que se pierda el mundo. Mi destino es hacer churres y más churres, pero no de manatural ni por gusto, qué diantre, sino pa'que mi sangre no se acabe, verás nomás que ya se raleaba como el tejón, como los montes. De nantes juide igual, agora igual y después igual, si no quieres creerlo aguaita estos huacos, acaso no se parecen a mí, pero no es que seyan parecidos, sino que yo soy y los huacos tienen una juerza de años, cuenta te habrás dado que soy un huaco vivo. Te repito que ése es mi destino, que mi raza no se acabe ni se ralee, qué sería de nosotros sin gente como yo, dejuero que los blancos nos quitaban tuita la tierra y no nos dejaban ni un pedacito, ni siquiera pa'mear. Mi raza tiene que golver si tanto quieres tar enterao de todo, fresquito tá'lo que el hacendao de La Artesa quiso hacer, si no botan por tal indeviduo, era que se avcinaban las votaciones, los jodo uno a uno, entonces pues me le empalé y viéndome empalao el resto de mi gente se paró en seco. Golvió con guardias y hubo gran alboroto y yo al frente de todos, hacendaos y guardias golvieron grupas y corrieron como perros, con el rabo entre las piernas, meándose de miedo.

Suérbete otro potó de chicha, que me parece tás sequilloso y deja que te

siga conversando, que sobre ésta lomás que vés y sientes tá' hecha en mi casa, rodeada de gualtacos y guayacanes, justo en la mitad del camino entre Sapillica y Huaipirá, tierras que de nantes fueron de los Jambur y como verás me gusta tener mirtos y diamelas, yerbabuena, albahaca y toronjil, san pedro pa' que me silbe de noche y pencas de sábila pa' la envidia, es que el mundo anda lleno de envidiosos. Bien güele mi casita y allá abajo corre el río Chipillico, golpeando sus aguas contra las piedras, pero no es el agua que la suena, sino el alma del río, porque en su hondura descansan los espíritus gentiles de Llicsa y Chacchacomal, los que me trajeron al mundo. Salen una vecesita al año en la luna de julio, cuando las tres estrellas de La Arada se juntan y se zambullen al río pa' que ellos salgan de sus tierras y su gente, yo voy delantito mostrándoles que mi sangre no sestá raleando. En esta loma hubo una huaca y aquí debajo están los padres de mis primeros padres, o sea los huacos que te enseñé. Me olvidaba decirte que las artes de la mesa gentil, también los saqué desta huaca, hay encantos vivos y milenarios que no te los he decir mas que te me arroddilles.

En veces me parece tar' conversando con tu padre, mis mujeres han preparao almuerzo pa' él, dices que se ha morido ya, pero ellas lo ven agorita en tu persona, eso quiere decir quel sueño que tuve era por tu llegada, güeno como juere pues, comeremos tamales de maicito serrano engüeltos en pangas de plátano ahumadas y yuca de Paimas, sancochada, patazca con cabeza de chancho, naporito y habas enzapatadas, lo que tanto te gustaba, preparado por la Nativa, que por las pisadas de tu mula lúcura sabe ques tás aquí conmigo por la tarde tomarás una copa de mallorca como bajamar, así tabas enseñao y, a las cinco te servirán un poco de quesillo con miel de chancaca pa' que te endulces la boca.

Hace rato tás bosteza que te bosteza, vete a reposar a la hamaca si quieres, que a mí lo único que me apensiona no es la citación de la que te hablé, como después de todo el juez es mi nieto y por juerza tiene ques tar de mi parte, sino la cara que pondrán los padres de la china cuando se anoticien que a la más tiernita de sus hijas ya la tengo empreñada.

OJO HONDO

Al Profesor Genaro Maza Vera

Mojarás la tierra con sudor y llanto y harás una masa amarga y pegajosa. Furiosos, se levantan los yucunales empujados por el viento, metiéndose por las rendijas de las chozas. Mal año cholo cuando sopla el viento como yucún. Mal año cholo cuando las creseras andan volantusas, no puedes hacer del cuerpo en el campo, te cubren esperando el excremento, se lo comen, son las señas del hambre. Y de noche salen los perros jurados a matar las cabras y a beber su sangre. Mal año cholo cuando la tierra se reseca. La mojarás con sudor y llanto, allá en el panteón, al lado de los parvulitos, con sus cruces blanqueadas que brillan con el sol. La cal de los nichos se te reflejará en las vistas y llorarás. Llorarás cholo como llorabas de niño, párvulo como los muertos. Sol y viento, de noche frío que entumece el alma. Árboles retorcidos, agazapándose en el suelo, rendidos, agotados, esperando resignados la muerte. Mal año cholo, mojarás la tierra con sudor y llanto. Y qué de las quebradas, venas sin sangre mostrando sus piedras desnudas y silenciosas, sin rumores, sin cascadas y escarbarás en los jaguayes en vano, como en las ubres secas de las cabras, sin encontrar nada. Mal año cholo y tus bestias morirán caminando en círculos, con el toczón hasta en el tuétano de sus huesos. De noche el yucunal relampagueando de tanto hueso pelado, haciéndose polvo lentamente. Acuérdate que tú también tienes huesos y pellejo pegado a los huesos, ya no hay pulpa, porque el año es malo cholo malísimo. Cae la malía como la sarna, cuando menos se piensa y ahora de qué llenarás tu barriga, de alicuyas, los jaguayes son barro y alicuyas. Desaparecen los pájaros en los años malos, los encantos los atrapan que saben de tristezas y se quedan con ellos, mueren cantando para alegrarlos. Canto y encanto, pájaros y muerte. Canto de la vida, encanto de la muerte. Ni los san pedros silban en los cerros, son puyas apenas, cogollos que se estiran por entre las piedras, asfixiándose, esperando la mano que los arranque y los convierta en magia. Canto de la vida, encanto de la muerte. Crujen los viejos algarrobos, los hualtacos pensativos, los guayacanes soberbios, avergonzados de su desnudez, la sequía les desprende la corteza en pencas escamosas, se sienten desgarrados sin sangrar. Mal año cholo cuando los hualtacos sueltan su pellejo apolillado. Mojarás la tierra con sudor y llanto y ventearás el agua sin beberla. Palidece el cielo sin una nube que lo enturbie, cielo limpio es tierra pelada, alza los ojos

y encandílate con el sol, porque ni una chuya nube se colocará entre el cielo y la tierra. Es el año malo, el año sin nubes, el año que ni el viento con su vaho húmedo empaña los rosos. Canto de la vida, encanto de la muerte. Silencio fatal, zumbido de moscas que anuncian la hora de los finados, las que huelen la muerte, inerte sin tenerte, quererte que se divierte, agua sin vertiente, miedo de darse diente con diente, mazorca de maíz convertida en piedra, taralla metálica que tiembla con el viento. Canto de la vida, encanto de la muerte.

Llegarás cansado con la lengua sin saliva, caliente como guijarro asoleado. Abajo las invernias del patrón verdeando, el maizal echando flores, el agua burbujeante en las pozas y veloz en las acequias. Mal año cholo, compara tus temporales donde nida ahora el macanche, con las chacras del patrón. Sequía para todos, estará de Dios que el agua sea para él. Moja tu tierra con sudor y llanto, agarra el amasijo amargo y pegajoso, Dios se irritó de escuchar tus ruegos, tus gemidos le aburren, las lágrimas le fastidian, vete a buscar a Ojo Hondo, el que desde la hondura de sus vistas, que son dos túneles sin principio ni fin, todo lo ve y todo lo sabe. Durante el día se recrea su tristeza por lo que se fue y no volvió y por las noches soporta el canto de su pasado y piensa hasta la madrugada, la hora de su tristeza, cuando la espléndida luna, perezosa, se esconde del sol. Canto de la vida, encanto de la muerte. Ojo Hondo, Orac'tanká en el confin de los cerros, en la profundidad de los siglos, rodeado de siete soberbios guayacanes y siete huamingos de afiladas muelas. Siete es malo como el año, cholo, es la marca del diablo, son los vicios capitales, los días de la semana, siete sufrimientos, pero siete vidas tiene el gato. A las siete de la noche de un día siete estarás en el confin de los cerros, no olvides que es el séptimo mes del séptimo año de sequía. Verás el negro aunque la noche sea blanca de luna, sentirás frío y calor, vida y muerte, los contrarios que se unen. Los soberbios guayacanes, verdes, van primero, los huamingos, blancos, después, saltando las estrellas, aullando, alborotando el yucunal, resoplando la tierra agrietada, sin agua, privada de vida, sembrada de cruces blancas como los huamingos. Las lágrimas removerán el amasillo negro y pegajoso, redondeándolo con tus manos de palmas blancas como los huamingos y lo arrastrarás hasta Ojo Hondo y le dirás de los parvulitos que alimentan los cementerios, los que lamían las piedras y mascaban terrones; de los burros y de los caballos que morían en círculos concéntricos, de las cabras que comían sus propios huesos, de la ciudad que visitastes y que sus calles eran nichos de tuertos y ciegos. Olvidastes como huele la tierra húmeda y preñada, como huele la algarroba y el cuncún, son los años malos, los años de olvido, no recuerdas ni el canto de las chiscas, atrapadas en los encantos, muriéndose de tanto cantar.

Sin darte cuenta ya estás en esos dos túneles que tiene Ojo Hondo, estás

dentro de él, donde los contrarios se unen, no ves acaso las invernadas del patrón —tintineantes sus espuelas de plata— verdes, reverdes, sus ganados reventando con la piel lustrosa y sus maizales de mazorcas vencidas por el peso de sus granos. Ahora eres como Ojo Hondo, lo ves y lo sabes todo, desde el confín de los cerros, de la profundidad de los tiempos. A tu alcance tienes las nubes que enturbian el cielo, suelta el amasijo que lleva tu sudor y tus lágrimas que es el pago a Ojo Hondo; deja que los soberbios guayacanes y los huamangos blancos lo hagan siete pedazos y lo lancen a las siete nubes de la lluvia, despertando al trueno, remeciendo al rayo. Canto de la vida, encanto de la muerte.

En las chozas el bisbiseo de las voces, contra las quinchas el viento sin yucún, el viento húmedo, el viento del norte, del confín de los cerros, el viento del agua y con el viento el canto de las chiscas, el relincho de los caballos, el rebuznar de los burros, el balido de las cabras y el rumor de las piedras en las quebradas. También el zumbido de las moscas que huelen la muerte, anunciando la hora de los finados y el aullido de los blancos huamangos, derechos a las chacras del patrón, a la casa del patrón. El cholo asomó tímido por entre los carrizos su rostro tercianiento, cuando se le vino encima el porrazo de agua.

MEJOR NO HUBIESE VIVIDO

Yo no soy muy amiga de andar recordando fechas, pero tengo muy presente que la Concho nació cuando horró la yegua negra del compadre Agatón. Fue el día que se le murió la burra a don Visitación y le pegaron al pollino que parió a la yegua negra y, desde allí en adelante todas las mulas y machos son de ese pollino hechor, mojino por más señas.

Aquello ocurrió —repuso la Sebastiana bostezando y lagrimeando de pura flojera— en tiempos de la patrona doña Petronila, hace una juerza de años, buenos añazos son los que hacen y que bien te acuerdas, si hasta la Concho está muerta y así dices que eres maluca para los recuerdos.

Es que yo todo lo relaciono con los animalitos de Dios, acaso no sabes que un día antes de que finase la Concho se me apareció una mariposa negra. Eso no te lo creo, si cuando la Concho finó tú no habías nacido. Es que yo misma era la mariposa negra y me vi volando en la cocina, mientras pasaban el café en el novenario del parvulito de la Jacinta.

Dios mío, como demora el señor cura, ya la gente se aburre. La Sebastiana se rescaba la cabeza impaciente, quizá buscándose un piojo entre las empaviladas trenzas.

Mi hermana me apuraba, salgamos rápido de la cocina que va haber finado, cuidado te caiga en los ojos el polvo de las alas de la mariposa negra, eso ciega, no lo sabes, me gritaba desesperada; pero yo seguía aleteando sin miedo. Recuerdo que una de mis alas rozó la olleta y casi me la chamusco con la candela. Callá tonta, la reñí, cómo crees que el finado va a ser de nosotras y salimos las dos caminando, todas sudadas y escupiéndonos el pecho. Ya estábamos maltonas en ese tiempo.

Así fue que al día siguiente vimos llorando a don Calixto, el marido de la Concho, ya la pobre había estirado la pata, cuentan que toda la noche las quinchas crujieron, los perros aullaron, las gallinas cacarearon y luna no hubo ni para remedio. Don Calixto estaba igualito cuando murió, su camisa blanca sin planchar, su pantalón oscuro y remendado y sus pies cuarteados como su cara, sólo que esta vez los ojos se le colorearon.

Ave maría purísima, con el solazo que hace ya comenzó a calentarse el agua bendita y el cura no asoma las narices —la vieja Sebastiana cogió la li-meta y se echó un trago largo de chicha— este año como nunca ha venido harta gente, cerradita de luto, hasta las chinás que dejamos de churres, ya andan paridas, no en vano pasan los años.

Nadie sabe para quien trabaja, el roso de la Concho se lo agarró la querida de don Calixto y la muy anguina volvió a hacerse de hombre, tanto le pedía el cuerpo, pero le salió el tiro por la culata, le resultó flojonazo, marrajo y perecido para la bebida. Tenía que ir a diario a las chicherías a recogerlo, de borracho se arrastraba por el suelo. El cholo era duro y acabó enterrando a la infeliz mujer, uno de estos días me daré un tiempito para visitarlo.

¿Y ése no fue el cholo que a vos también te hizo parir? La Sebastiana lanzó una estridente carcajada.

Tenía mirada de macanche y me emborrachó, se hizo de mí, me perjudicó mocita, es por un ver, me dijo, de la mente me desaparecieron las cosas, todo lo veía negro, turbio y sin sentido, pero como todavía no había nacido no me apensioné. Mi madre me mandó a comprar velas y manteca a la pulpería de don Montero, esta china ya anda con sus cosas, me gritó y me puse a llorar de pena, de chucaque. Ahora tengo que ver a los churres que dejé tiernitos, si se acuerdan de su madre que los parió y les dio de mamar. Pero sin ir muy lejos a vos también te hizo lo mismo, no disimules.

Así es, pero me tuvo de aborto en aborto, no puedo hacerme cuajar. Ese indio —siempre lo supe— tenía mala sangre, mala entraña, terminé aborreciéndolo, la sangre se me alborotaba apenas veía su facha, me cogía soponcio y aburrición; a pesar de que lo curé, me dieron un secreto, dele leche de puerca por catorce días y no más prueba de chicha, con razón dice que catorce parió la puerca.

Ardilosa estás, bien que te meneabas con él, regodeada, todito me lo venía a contar.

No me meneaba de gusto, quería renguearlo, lisiarlo para todita la vida, quebrarlo y tullirlo, pero verás ni la chicha con vichayo lo tumbaba.

Y como hiciste para quitártelo de encima, porque a mí me dejó, preñada, claro está.

Tuve que encompadrarme con él, no hubo más remedio, Dios me libre y me favorezca, como en ese entonces mi moñón andaba en los diez años, de mi primer compromiso —por aquí lo has de ver más tarde, hecho un hom-

bre ya— me le echó el agua y me le cortó el pelo, desde allí el muy facineroso me dejó la taquera tranquila, entre compadres es malo hacerlo, dicen que es pecado mortal, para lo que nos importa a estas alturas.

Dando resoplidos e indignada por la tardanza del cura, la Sebastiana maldecía. La gente murmuraba y se paseaba de un lugar a otro, cansada de esperar.

Quién sabe dónde irían a escorar los hijos de la Concho, unos se fueron para el servicio y otros para los asientos petrolíferos, ningún cristiano da noticias de ellos, pobres huerfanitos, no les dejaron ni una poza donde sembrar camotes, en qué mundos andarán sufriendo, sin tierra y sin padres para qué sirve nada. Tonta de mí, me pregunto, como si alguna vez hubiese vivido, lo que se llama vivir.

Por fin llegó el cura y se colocó al pie de la cruz mayor. El panteón no cabía de gente, era el día de las velaciones.

PROMESA

Agapo Pachérrez suspiró hondo, se arrodilló y contempló el cadáver de su mujer. Le cruzó las manos frías y tías sobre el pecho y le espantó las moscas de la cara amarillenta, asomándole por la comisura de los labios un hilo de sanguasa. Todo tiene remedio dos minutos antes de la muerte, pero él, precisamente él, no estuvo al momento de fallecer su mujer, en algo la hubiese aliviado. Su presencia era reconfortante, es horrible morir solo, mirar alrededor sin encontrarse con otra mirada, a no ser la de la muerte, apurando al moribundo. Vamos Agapo, no te quedes allí arrodillado, levántate y piensa. Claro, que a sus años había visto morir a hartos de los suyos, a sus padres, a sus hijos, a sus hermanos y hasta a sus cabras, en los años malos, como si hubiesen buenos. Juró no ver morir a nadie más. Le resultaba, a sus años también, dura, esa lucha que se entabla entre la vida y la muerte en el cuerpo de un ser humano, mirar al agónico resoplando, tomando el aire que le falta a bocanadas, aflojarse los músculos, perfilarse el rostro y finalmente perder el brillo de los ojos. El agónico cree vencer la muerte y respira con fuerzas, más y más, se agita en espasmos, blanquea los ojos desesperadamente y uno ve que la energía abandona el cuerpo hasta quedar inerte, cuando ya nada hay que hacer, la hora de la verdad. Sólo de pensar que su mujer hubo de pasar por aquel trance, lo entristeció con mas intensidad que todos sus muertos anteriores, era una tristeza infinita, que consume lágrimas, que estremece las fibras mas recónditas del alma, que ahoga los gritos a flor de boca, que crispa los nervios hasta el agotamiento. Tristeza que despierta unos locos deseos de seguir a los muertos, con ganas de traerlos de donde se encuentran y pedirles que se queden.

Si tan sólo hubieses llegado dos minutos antes de la muerte, si la muerte esperase a Agapo, tal vez no estuvieses lamentando la desaparición de tu mujer o cuando menos ella, la pobre, habría muerto feliz, sabiendo que Agapo Pachérrez cumplió lo prometido. Que difícil es cumplir una promesa, no es cosa de andar prometiendo todos los días, el que empeña su palabra le va en ello la vida y el honor, con tanto mayor razón si se hace a la propia mujer. Agapo has cumplido tu promesa, lo sé, pero tu mujer jamás se enterará y eso te causa más dolor que su misma muerte. Con qué valor seguir viviendo ahora,

justo cuando traía entre sus manos ásperas y callosas la prueba fehaciente de que su palabra valía, de que Agapo Pachérrez no prometía en vano.

Anda temprano cholo, le dijo anoche nomás y, cuidate, no vaya a ocurrirte algo malo.. Ella, siempre tan apasionada, sin adivinar siquiera que ya estaba en el día señalado, bien dicen que nadie muere en la víspera sino en el día. Sin estarse maluca, la dejé caminando, parando la olla para la menestra, cómo se habrá sentido, a qué habría de demorarse, tanto nadar para morir en la playa. Si me oyera por última vez, Felipa, Felipa, mira ya tenemos los papeles, por fin el patrón nos firmó la escritura, ya nada le debemos, esta tierra es nuestra y aquí descansarás, para siempre.

SANANTUCO

Esta noche, gritan todos, es noche grande, vienen los blancos del otro río. Tirito y sudo, el patrón igual, de pies a cabeza, como jamás antes lo ví. Afuera los zambíos cuidando de sus mulas repletas de alforjas con oro.

Metidos en el juego sin jugar, vivir sin vivirla, rodar y rogar en el juego. La suerte en un abrazo, vencedores cambiando cartas por haciendas sin tener nosotros vela en el entierro, una apuesta de pinta en el llano levantando fuego en el alma. Juego en los dedos, manos interminables, horas eternas, resoplidos y maldiciones fuertes. Las uñas brillantes ocultando la oscuridad del miedo, moviéndose rápido en la encharolada mesa, buscando en el número la fortuna o la desdicha. Pienso y tiemblo, cartas tras cartas y multicolores fichas, patrón tras patrón. Fuego y juego es la vida.

Tú que estás allá, me decía la Simona, la pobre de mi mujer con siete meses de embarazo, lo sabrás todo, dime, a qué te sabe todo eso. A nada, uno se acostumbra, huelo a tabaco y a pisco, de vez en cuando escucho un tiro desesperado. Lo oigo, sí, en este momento y viene de la ventana, se me desvanace la Simona de la mente. Un perdedor -alguien vociferó- que ensaya matarse, se me vino a las narices el olor de pólvora, ventosidades de la muerte y me paró en seco la circulación. Nadie se toma la molestia de limpiar las manchas de sangre, para eso estamos nosotros, es tan natural en ellos. Otra vez la Simona, que sientes cuando se pierde. Nada también uno se acostumbra. Acaso no entiendes, que sentirás cuando nos llegue la hora. Nada porque todavía no nos ha llegado. Eres un estúpido. Nada, porque la vida es juego y fuego. Pero el blanco del otro río no me gusta, tiene el fondo de sus ojos turbios y empañados y en uno hay falsedad. Tres veces me ha mirado, que son tres amenazas. Mentado en el otro valle, exigente en las fainas y en las semanas de cariño, querendón para el cepo, manaturaloso para el látigo y apetecido de deslomar y de jugar. Su nombre es una maldición y me entraron ganas de hacer del cuerpo, apreto y aguanto. Jugándonos la vida sin jugar, cambiando de destinos prendidos de las cartas. El patrón adivina mi pensamiento y me tira una ojeada con el ojo falso, es un anticipo, me dice, estás sudando cholo, te cagas de miedo. Disimuladamente me eché un trago para

entonarme, otro por si acaso y un tercero por las dudas. Estiro sin compasión el pescuezo al San Antonio y encima le mando un par de carajos.

El miedo se huele, cada cosa tiene un olor, el miedo también, olí a mi patrón. Como huele el miedo, me preguntaba la Simona, tan curiosa ella, huele feo, lo bueno huele rico. Se levantó gritón, colorado de pisco y eructando, en esta mano se va la hacienda más grande, con todo, sembríos, peones y ganado, saben de lo que hablo recalco mi patrón ya borracho, de la hacienda "La Horca", codiciada por muchos. Yo mismo la codicio, Simona, te lo juro, allí nacieron mis abuelos, mis padres y nuestros hijos, ganas no me faltaron de coger a pencazos al San Antonio, acogotándolo. A eso he venido, dijo el blanco del otro río, echando su ambición por las vistas. Mueva su seguro patrón, si de cierto lo tuviera, pero de todas maneras no está demás decirle. Fuego y juego es la vida. Un segundo disparo me remece, un ensayo de muerte o un tiro de cólera. Las tres de la mañana, me ordenan servir más pisco y sigo estragulando al San Antonio, rogando por mi patrón, por primera vez lo hago y me santiguo, que sea la última; pero más vale lo conocido que lo por conocer, mi patrón después de todo nos deja vivir, aunque sea para su conveniencia, mientras hay vida hay esperanza, es un consuelo, en cambio el blanco del otro río hizo crecer el panteón de parvulitos, alcanzando la mayoría de edad en sus huesos blancos y ahorita ya se siente mi nuevo patrón.

Se va la mesa y los zambios desde el otro lado de la puerta largan la risa a mandíbula batiente, pelando las muelas en la noche negra como sus pellejos. Callan los jugadores, sólo escucho el cartoneo de los naipes. Fuego y juego es la vida. El patrón yéndose en sudores, chorreándole los bigotes, paralizado, sombrío, mascando su cigarro enorme, en el día señalado, en la hora escogida por la suerte. En mi bolsillo brinca el San Antonio y le arrequinto el pescuezo, estate quieto y ponte en lo tuyo, le dije. La salve se me sale en voz alta y un ojo de costado me devora. Cuando interesa no es pecado rezar por los patrones.

La cólera que llevo empieza a salirse por partes, pinta de mala pinta, maldigo, tinta de sangre cuando hay hambre, ya saltan las cartas, sartas de desgracias, aquí se juega la vida y la muerte. En el salón de la casa hacienda las lámparas humeantes, alumbran y retumban. Fuego y juego es la vida.

Fuego y juego es lo que siento. Vida y dulzura esperanza nuestra, sigo cargoseando con la salve, miradas húmedas por los rincones, el valle de lágrimas. Siga moviendo el seguro patrón, que salga la malía, aunque sea por un ver y no perder. Reina y madre de misericordia, que no vaya a morder la escoria. Simona si puedes escucharme, echarme un manito, estoy entre el fuego y el juego y luego me preguntas que si no siento nada. La vida es un ir y venir

a su debido tiempo, sin empujar el viento. La desgraciada pinta arreando el viento, trayendo los coyos y el zumbido de las moscas.

Se va. De todas maneras, responden los del otro río. Fuego y juego es la vida. La suerte veloz para el que gana, los ases asomando como una aurora en la oscuridad. Haz los ases San Antonio, abogada nuestra, ruega por nosotros, que el tiempo no se aquiete, que venga la madrugada, que las horas no se arrastren. El hacendado del otro valle con su mirada hueca de muerto, con el ojo tuerto de brillo cristalino, con luces que no tiene, vistas que dan frío, que congelan, me las clava en la cara. Rezo, sigo rezando, mordiéndome la lengua y estrujo el cuello al san Antonio, me ayudas o te lo quiebro, no eres más que un pedazo de madero adolorido. Dios te salve reina y madre, reflejada en el oro del cordón amarillo destellando en el ojo falso. Fuego y juego es la vida.

Empiecen por la derecha, siguen las voces y cada uno muestra sus cartas. Las repito de memoria, cuatro nueves, cuatro doces, cuatro onces; el ojo de vidrio, inmóvil, enseña las suyas, son cuatro reyes rojos. Me desmadejé por completo, suerte sin enmienda, San Antonio, Antuquito, Sanantuco. Fuego y juego es la vida. Si supiera el patrón que ruego por él. De pronto se levanta, despacio, mojado en sudor, con sus manos destilando y el rostro sin pudor, con las arrugas hinchadas y para reventar en lágrimas de ira, tengo cuatro ases y se le escapó un suspiro que se desparramó en todo el salón. Fuego y juego es la vida.

Clareaba el día, los gallos arrancaron su canto, era el canto de la vida. Con la fresca de la madrugada me fui a la choza. La Simona, estirándose de flojera me dijo, anoche me desperté con unas ganas locas de rezar por el patrón. Sin darme cuenta había roto el cuello al San Antonio. No te preocupes mujer, yo también recé por él, aún no nos llega la hora.

LOS POTEROS DEL QUIROZ

Lo consideraban el hombre más seguro del mundo y a la vez el más desconfiado. Me consta y puedo afirmarlo sin la menor duda. El individuo es un usurero y su espíritu apetece por la avaricia, es sucio y hediondo como su cuerpo. Frío el pellejo de serpiente, friolento de nación, hasta en los negocios. Una sebosa chalina cubre permanentemente su pezcuezo alto y delgado, amarillento por falta de sol. Quienes lo veían por primera vez, creían encontrarse frente a un hombre enfermo —frotándose siempre las narices con mentol chino— pero no, gozaba de buena salud, para desdicha de sus deudores. Por su traza ni la muerte lo deseaba —todos los aborrecían— sus ojos hundidos parecían cuevas oscuras y con la manía de no parpadear, no había cristiano que soporte ese par de huecos, prietos y fijos.

Una vez estuvo a punto de morir, pero la suerte que es loca, lejos de ayudar a quien más lo necesitaba, se puso al lado de don Felicísimo, tan era su gracia, como si de antemano la hubiese comprado. Era un invierno muy lluvioso. Lo tengo bien presente, porque en ese año mis cabras se ahogaron en la quebrada de Charanal. El río Quiroz bajó crecidísimo, arrastrando palizada y media, chozas y animales, sólo los poteros, nadadores mentados, se atrevían a cruzarlo. Cogidos de sus enormes potos flotando en los tumbos y remolinos, lograban por unas cuantas pesetas vencer la creciente y encima pasar carga y pasajeros. Cada poto soportaba hasta dos almudes de peso, potero y pasajero se aferraban del sófero calabazo y se perdían en el río, asomando apenas la cabeza en las turbias aguas, ganando la orilla. El trabajo era del potero, balanceando su cuerpo mantenía el equilibrio de la carga. Mucho también depende del pasajero, siendo don Felicísimo tacaño hasta de carnes, el poto sintiéndose liviano —seguramente el alma no pesa, ni siendo pecadora— dio unas cuantas volteretas y se zambulló. El potero, un cholo grueso, fue arrastrado por la corriente y acabo ahogándose delante de todos; en cambio el usurero salió y lo recogieron en la otra orilla boqueando y pelando los ojos. No faltó quien de acomedido se preste a cabrestear al moribundo, porque a la muerte se le corre a chicotazos y al viejo le dieron a su regalada gana, sobraron voluntarios para la tarea, cada foetazo era un golpe de venganza, eran sus deudores quienes lo flaqueaban. Alguien por allí pidió que mejor lo de-

jasen morir, era lo mas conveniente, decían en medio de maldiciones. Confieso que yo mismo le arrecosté de alma media arroba de pencazos y todavía con una rama de azotacristos, larga y espinuda, porque como soy tan pobre que no tengo ni correa, me sostengo los pantalones con un pial y, me acordé de la chacra de mi padre, no se la llevó el río con la creciente, sino el usurero con sus réditos. Lo cierto es que el viejo se salvó y quedó con su cuerpo cruzado a betazos, pero vivo. Después supe que se enteró con las ganas que yo lo penqué y desde esa vez me agarró pica. Malagradecido, con el favor que le hice, así es la vida, nunca el prójimo aprecia lo que uno hace por ayudar.

Sin habérmelo propuesto lo marqué para siempre, bien dicen que Dios sabe lo que hace. Resulta que el azotacristos tiene su secreto, la cicatriz que deja sólo se borra cuando se es buen cristiano y don Felicísimo, quién no lo conoce, es manaturaloso, así lo parieron. Las cicatrices se le acentuaron con el tiempo y al vérselas veteadas y verdosas, me acababa a grito pelado.

Sin chacra y sin nadie que viera por mí —mis padres finaron de pena— me volví potero por necesidad, para ganarme la vida a costa de la de otros. Busqué el calabazo más tamaño y lo pinté de rojo y amarillo, me sentía orgulloso de verlo y le puse un nombre, las letras aunque patulecas se notaban, “El Indomable”, así me nació ponerle. El usurero seguía más angurriento que antes, llenándose de plata, cobrando un sol por el peso que prestaba, empobreciendo a la gente en su tienda surtida, quitándoles sus chacras, sus ganaditos, todo lo que podía se alzaba sin compasión. Meterse a alquilarle era un rosario de no acabar, suspende y suspende los créditos, los llevaba secos. Plata en mano, chivato en pampa, decía, cuando le reclamaban.

De nuevo llegó el invierno y el río Quiroz se puso de cerro a cerro, no daba vado y, las piaras de orilla en orilla trasegaban sus cargas utilizando los poteros. En una de esas vi a don Felicísimo, traía la alforjas llenas de dinero, venía de cobrar los créditos. Mi facha, con el oficio que escogí, cambió. El sol me quemó la cara y el espinazo de mi aspecto era el de una hombre agotado y sin fuerzas, pero no hay mal que por bien no venga y el usurero no me reconoció y solicitó mis servicios. Ponga su ropa y su alforja dentro del poto, le indiqué; pero como era desconfiado se quedó de una pieza mirándome, me miró con detenimiento, faltara que se dé cuenta quién soy, mejor me quedo para mañana —dijo— a que el río dé vado y lo paso a pie. Difícil que dé vado, le aclaré, animándolo, la lluvia hasta ahora no escampa, es conveniente que pase de una vez y llegue temprano a Los Encuentros, recuerde que entre La Peña y El Desvío a partir de la cinco de la tarde sale el bandolero Celso Parihuamán y, ese individuo mata por quitame estas pajas, más allacito, en Camarones anda suelto “Pavo Blanco”, buen punto de cholo, se tumba a cualquiera lejitos y tiene un olfato para ventear la plata, así que piénselo bien.

Tampoco tiene por qué quedarse, enterados están del bodoque que lleva y por aquí no faltan los atrevidos. El usurero se convenció y nos arreamos al agua con todo. Un sol por el cristiano un peso por el bulto, así lo pactamos.

Tumbo va y tumbo viene, atrás quedó Pampalarga. Don Felicísimo iba prendido del potó, sus dedos parecían horquetas de chicama, aferradísimas, aguaitándome de rato en rato, sin descuidar la alforja, arqueó las cejas y esos dos huecos que son sus ojos, me los plantó. Oye tú no eres fulano el hijo de zutano, comenzó a la vez que escupía agua turbia por la boca. Que tal memoria la del viejo y no tuve más remedio que aceptar lo que me decía. Está bien, está bien don Felicísimo y para disimular me puse a cantar:

Potero del Quiroz
llévame por el río
crecido y feroz
en vos confío
después de Dios.

Y me acordé de mi padre, de su chacra, de sus animalitos, la sangre se me alborotó y me entró el indio. Don Felicísimo, le busqué la conversación usted tan costeaante con su dicho “plata en mano y chivato en pampa”, yo también tengo el mío; y cuál es hijo, me respondió, en el preciso instante que se descolgaba el aguacero, no soy su hijo, le advertí y mi dicho es “plata en mano o usurero al río”, no pensarás dejarme en el agua con tremenda crecida, no sé nadar indio mostrenco, hijo de mala entraña; pues verá don, suelto el potó y usted y su alforja se hunden, a no ser que me largue el bodoque. Soy hombre de negocios, no lo olvides, hagamos un trato, cinco libras y me llevas sano y salvo y además me olvido de las cicatrices que me dejaste, te lo prometo, cinco libras es muy poco para un hombre de su fortuna, vengan diez y cerrremos el trato. El usurero desató la alforja, mientras lo sostenía y me las entregó, las besé y las guardé en el bolso que llevaba prendido al cuello.

Sabes, después de todo no te tengo fastidio, me caes bien, sino que la gente es muy dada al chisme, iban a contarte cosas que yo decía, pero son puras mentiras. Fíjate nomás que la vez pasada escuchando misa en la Iglesia de Las Lomas me acordé de tu padre y, por qué tiene usted que acordarse de mi taita, para demostrarte que no te guardo rencor. Don, creo que lo voy a soltar, siento un calambre en el estómago, el dolor me priva, no, no, no me sueltes, gritaba el usurero, juro que por primera vez le ví los ojos, se le salieron de sus huecos; yo te ayudaré, yo te ayudaré, pero no me sueltes, deme cinco libras más y el dolor me pasa por encanto, cholo desgraciado, aprovechador. Al final soltó la plata refunfuñando.

Recién vamos por la mitad don Felicísimo, el muerto se hace pesado cuando hay quien lo cargue, no he visto otra creciente igual, dicen que el vein-

ticinco el río creció más, pero en ese tiempo yo estaba todavía en los compañeros de mi padre, que Dios lo tenga en su santa gloria. Usted dice que se acuerda de mi padre, no y, no le remuerde la conciencia, don. Si quieres dentro de unos días te doy algunas cabras para que me las tengas al partir y, de dónde acá tan generoso don Felicísimo; ya te lo he dicho, yo no soy malo, me desacreditan las habladurías de la gente y me dan mala imagen. Cuando el río suena palizada trae señor, si usted se convive con su propia hermana, la que tiene allá en la tienda grande, ni mujer particular gasta porque le sale caro. Son inventos de mis enemigos, resoplaba el usurero, tiritando de frío. Plata en mano, chivato en pampa, le recalaba, pero mejor es plata en mano o usurero al río. Ya vas cholo, esté en juicio, definitivamente hagamos un trato, te doy diez libras y me dejas en la orilla, no seas majadero, no molestes más, tengo las bolas hinchadas. Lo acepto pero con una condición, cante conmigo, pero cómo voy a cantar, no ves que estoy temblando, toma las diez libras y déjame en paz, he dicho que cante y cantará o quiere que lo suelte, no, no, cantemos entonces:

Potero del Quiroz
llévame por el río
crecido y feroz
en vos confío
después de Dios

Falta poquito felizmente y llegaremos sin novedad, la verdad es que este trabajo cansa, uno se desrriñona por unas pesetas, patente se me reveló mi padre y me dio asco y repugnancia ver al usurero a mi lado. Lo suelto o no lo suelto y encima me quedó con la alforja. El individuo leyó mis pensamientos, pero antes que me proponga un nuevo trato, lo rechacé con la mirada, balancié bruscamente mi poto y el usurero se desprendió, hundiéndose, metándome la madre...

DOÑA MANUELA DE LA TRANSFIGURACION

Mentar su nombre causaba espanto, nos escupíamos el pecho de miedo y nos echábamos la bendición. Nunca nadie vio su cara, no se sabía si era blanca, morena o mulata, usaba un camisón negro que le cubría desde el cuello hasta los pies y sobre la cabeza siempre un manto oscuro, tapándole el pelo y el rostro. Esa mujer era un misterio. Decían que en el cachete izquierdo tenía un enorme lobanillo, un golpe que le dieron en una de sus andanzas. La postema le fue creciendo, carnuda, repugnante, hasta impedirle hablar. Vivía allá por la bajada del malecón, a la orilla del río, son sus perros, sus chanchos, sus burros, sus gallinas, sus piojos y sus pulgas, en una choza de champas y chamizas, alguno que otro carrizo en sus paredes precarias era todo. La veíamos de lejos, sin acercarnos, era de mal agüero aguaritar esa ramada.

Se comentaba que doña Manuela de la Transfiguración —así la conocían— en su juventud era bella, esbelta, graciosa, pero sus fechorías y sobre todo su ambición y sus maldades la convirtieron en la horrible mujer que es hoy. Se metió de aprendiz de bruja y acabó siendo una maestra con las artes. Curaba todos los males, desde el terrible zaratán hasta los entuertos, el aire y las aberturas de carne y acudían de todas partes a verla. Pero se dio a la maldad y eso fue su perdición, por dinero colocaba cualquier hechizo. Robaba niños, churritos, los capaba y los engordaba como puercos y se los vendía a don Henry Hilton, un inglés solitario y barbón, compactado con el demonio, que se alimentaba de pulpa tierna para mantenerse joven y saludable. Es duro hacerse malero, peor cuando se es mujer, el enemigo les exige que primero maten a su ser más querido y doña Manuela de la Transfiguración no titubió un instante en matar a su propio hijo, un churre que tuvo con un serrano que vino levado en el once de artillería durante el conflicto con el Ecuador. Con sus poderes mágicos se convertía en cualquier animal y pasó a ser doña Manuela de la Transfiguración, temida y aborrecida a la vez.

Cuando bajaba a bañarme al río, miraba esa choza como si una fuerza me jalara, mis amigos —unos churres palomillas como yo— me tiraban de los brazos, no vaya a ser que me quede encantado y enseguida nos zambullíamos al río, calatos, con las pelotas afuera, campaneándolas como chivos

y, luego en las chacras robábamos mangos verdes para comer con sal y guabas, apostábamos a quien avanzaba más lejos orinando y así de esta manera me ganaba la entrada para el serial. Pero la vieja no se me borraba de la mente, quería conocerla, hablar con ella, descubrirle la cara y su lobanillo, bien valía la pena correr el riesgo, aunque me cape y acabe en las tripas del inglés, si es que podía. Después de todo el peligro y lo desconocido me atraían, hacerlo sin ton ni son me pareció una tontería, así que se me ocurrió en una de esas bajadas al río, apostar con mis amigos quien era el más macho para ir a verle la cara a doña Manuela. Gané fácilmente, nadie me gana orinando, los otros llenos de temor, apenas gotearon. Le dí los tres golpes reglamentarios al pájaro y me lo guardé en la bragueta, miré a los demás churres asustados y me arrié, vencer o morir, dije. Los perros me ventearon y ladraron como desaforados, agarré una raja de leña por si acaso, los algarrobos hacían sombra y olí a papajón de burro, fresco. Los perros, muertos de hambre, se caían de flacos y los burros, con los ojos hundidos y legañosos y sus lomos arqueados, negreaban de moscas, más allá los chanchos hociqueaban, soteerrados en el lodo. Apeataba a caca de cristiano y de rato en rato miraba el suelo, por temor a atollarme. Tengo que ver a la vieja, me decía a mí mismo y dentro de la choza me pareció que andaba un bulto negro, la sangre se fue al trasero, sentí que palidecí, quise retroceder, pero recordé que era el más macho de la patota, el que siempre ganaba en todo y no tenía por qué andar con mariconadas, afortunadamente no soy un pata amarilla. Avancé resuelto, salga pato o gallareta y otra vez el bulto, apenas si lo vi moverse por las quinchas torcidas, forradas con periódicos viejos y mugrientos, un candil ahumado colgaba de un alambre oxidado, el bulto se sentó dándome las espaldas, quién sabe si eran sus espaldas, era igual por el lado que se le mirase. Tengo que verle la cara y demostrar una vez más que soy macho de pura cepa.

La luz se filtraba por las rendijas de los tabiques y me permitió ver, no sabía decirle señora o doña, la tenía a unos pasos solamente, sentía su respiración, el carraspeo de una tos seca, se dio cuenta de mi presencia con la bulla de los perros y su voz gangosa me hizo pegar un brinco, nunca has visto gente, me dijo, atiné a darle las tardes que ni siquiera me contestó, no sabes que la curiosidad mató al gato, siguió en tono molesto y, me alegré de no ser gato, que quieres so pedazo de denmontre, lárgate de aquí, déjame en paz, detesto a la gente entrometida. He venido a saludarla, como siempre que paso por este lugar no está demás que la salude, a saludarme y por qué, no sé, quiero saludarla, eso es todo y, no tienes miedo, claro que sí, estoy tiritándome, míreme y, la vieja volteó; por un pliegue de su mantón me aguaitó, me devoraba la curiosidad de verle el lobanillo, el pecho me saltaba, la voz salía de ese pliegue negro, tienes hipo y el hipo es puro nerviosismo y se quita con un susto; señora, me animé a hablarle, usted no está molesta conmigo

verdad, si has venido a saludarme, no, en cambio si vienes a burlarte aquí mismo te bebo la sangre. Con disimulo metí mis manos en el bolsillo del pantalón y me cogí los compañeros, esta mujer era capaz de ponérmelos en el trasero e instintivamente me los cuidaba, sólo de imaginarme a un cristiano con sus cosas por detrás, me espelucaba el cuerpo. Señora no he venido a burlarme, sabía que por ese pliegue lo veía todo, por eso estaba serenito. El perro se rascaba las pulgas a sus pies, sin quitarme los ojos de encima, listo a mordirme, por mi parte tampoco soltaba la raja de leña. En una mesa picada por la polilla y media coja, había un mate con maíz sancochado, sobre el que revoloteaban algunas moscas. Me imaginé que de eso se alimentaba y escuché la voz que salía del manto negro, de eso vivo, sí, la vieja adivinó mis pensamientos, es el mejor alimento del mundo, decía. A mi también me gusta, le respondí para contentarla y en algo se alegró, apuesto a que no sabes cuál es el origen de maíz, me preguntó, es la comida de nuestros antepasados, lo comen y lo beben en la chicha, sin tomarse el trabajo de averiguar de dónde viene. Sin poder verle la cara, decidí irme a mi casa, sonaron cinco campanadas del reloj de la Iglesia, entonces de nuevo el manto habló.

Como el maíz, nosotros somos de la tierra y a ella volveremos, pero antes no era como la ves ahora, al principio era caliente y estaba poblada de hombres gigantes. Vivían sin pelear, recogían lo mejor de los campos y se lo daban al dios Cundri, que era una estrella que brillaba en el cielo. Cundri tenía mujer y era ambicioso y quería brillar más y los gigantes le llevaban oro, plata, piedras preciosas, conchas y caracoles de mar. Cundri era bueno, pero poco a poco fue haciéndose más exigente, deseaba brillar más, de tal modo que sólo a él lo vieran, opacando al resto de estrellas. Como todo tiene un límite los gigantes se le fueron encima, enfurecido los convirtió en cerros y son los mismos que vemos en Marcavelica para adentro, allí están los espinazos de los gigantes, claritos se ven.

Mientras la vieja hablaba, yo trataba por esa rendija del manto ver el lobanillo, sin lograrlo, a eso había ido.

Un gigante se salvó metiéndose en un totoral del río, enamoró a la mujer de Cundri y la embarazó y al enterarse gritó tan fuerte que quedaron los truenos. Al gigante lo hizo piedra y hasta la fecha existe, arriba entre la loma de Mambré y los totorales asoma esa peña, es la cabeza del gigante. La mujer parió un enano y Cundri dejó de brillar. El enano fue una maldición, era un malnacido, un aborto y el río creció sin moderación, brinca por aquí, brinca por allá, sin aquietarse. Desde luego el malnacido crió y en una oportunidad durmió por dos días seguidos, en la primera noche se descolgó una estrella, pequeña y se le metió en la barriga, en la siguiente noche otra estrella hizo lo mismo, dicen que se las envió Cundri. El malnacido se recordó hinchado,

pasaron unos días y sintiéndose mal se acostó a la orilla del río.

El manto negro calló, el perro se acurrucó cansado y se levantó una zancudera infernal que venía de unas matas de caña brava. Todo me pareció una visión, pero como era el machito del barrio, tuve que aguantarme el miedo.

El malnacido se privó y del vientre le asomó un churre, a sol abierto y despejado y, por la noche, oscurísima, sin luna y sin estrellas, apreció el otro churre. Allí fue cuando Cundri se debilitó por completo y los hijos del que vino de día se fueron a los valles y otros a los desiertos. La mujer de Cundri les enseñó a aprovecharse de las aguas, de los ríos y a sembrar la tierra, por lo que Cundri de cólera la mató, pero antes de morir ella soltó sus muelas y brotó el maíz.

No podía imaginarme a doña Manuela de la Transfiguración comiendo maíz con el lobanillo que se maneja en toda la cara. Gangoseando por el manto, yo escuchaba el ronroneo de sus palabras.

Cundri no se apagó del todo y se metió a vivir en el cuerpo de los animales y en el río mismo, en el rayo y en el relámpago, por eso el agua brilla, asimismo los ojos de los lagartos, los del puma, los de las víboras y los hombres temerosos adoraban a los animales, al rayo y al relámpago, porque decían que en ellos estaba el espíritu de Cundri.

Lo que más me apenó fue no verle la cara a la vieja y su lobanillo. Los zancudos comenzaron a hacerme leña y en un descuido salí de la choza, apreté la carrera y no paré hasta llegar a mi casa.

PRENDE SAN PEDRO, PRENDE

Mis vecinos dicen que me hago el de la vista gorda, el chanchito rengo. Es un convenido, murmuran, le tapa las mañas a su mujer, agregando que los cachos son como las muelas, al comienzo duelen para nacer, luego sirven para comer. Estoy enfermo, lo sé, pero mi enfermedad no es de Dios, sino del hombre. Mi mujer me ha hecho daño y lo ha arrojado al mar para que sea incurable y aquí me tienes San Pedro rogando me devuelvas la salud. Me han dicho que el amante de mi mujer, un cholo marrajo y que se pasa de vivo, preparó con una malero el daño que he tomado, con tierra de muerto para secarme hasta los tuétanos; baba de perro para volverme tonto, todo ello entreverado con sangre de período sacado de la taquera de una china ardilosa, muy amiga de mi mujer y, encima me han rezado la magnífica negra, de modo que no siento los cachos ni tengo ánimo para poner el juicio a mi mujer. Muchos me aconsejan que coja una raja de leña y la harte a palos, pero eso es para desgraciarse y andar en boca de todos, peor en Conambre, donde el chisme es noticia de último minuto. Te he bebido San Pedro para que me cures, tú que lo ves todo y lo sabes todo dame la contra, quiero que me prendas, el pago se te ha hecho, maíz tierno, buena kananga, rica florinda y florecillas blancas, hazme ver San Pedro, te lo pido con fe, qué más pago quieres si he pagado con mi felicidad la perfidia de mi mujer.

- ¡Maestro, maestro! de un momento a otro sabremos la verdad y mi amigo sanará, siga nomás.
- Déjelo, déjelo, el San Pedro le ha prendido, habla San Pedro, habla.

Nictálope del alma, envidiado por el resplandor del sol, veo en tus entrañas ocultas en las profundidades de la tierra. Tu recia figura de guerrero, osado y soberbio, se ha convertido en verdosa pulpa alucinante, tus lanzas, en agudas espinas de tu figura áspera, imbricada, imagen pura envidiada por el resplandor del sol. Llegaste de la selva y tu grito de guerrero se pasmó en un silbo nocturno, trajiste la muerte, conquistador de vidas, ahuyentando las nubes, silenciando al rayo, anunciador de sangre y exterminio, intentando reemplazar el sol por la serpiente, en el adoratorio de las huacas, envidiada imagen pura. Zahorí infatigable, devorador del tiempo y del espacio, ambición de infinitos mundos, al tallán amenazastes, cuando Con arrepentido de

su creación, detuvo la lluvia y, los ríos y los lagos fueron absorbidos por el arenal y tu reino se levantó sobre los cadáveres. Acierto tu secreto porque te llevo adentro, me recorres las venas lentamente, adivinador adivinado, ahora yo seré más poderoso que tú. Cabalístico tu nombre que nace de las piedras, menos una que te arrebató el tallán, siete quedan, transformadas en viento, imagen pura envidiada por el resplandor del sol.

- ¡Mestro, maestro! qué le pasa a este hombre, qué cosas son las que dice, no están en él, la voz le ha cambiado, acaso desvaría.
- Es un vientazo, tal vez un ramalazo, es el malero que se interpone, lo está llevando muy lejos, espantémoslo con la vara de membrillo, habla San Pedro, sigue hablando, recoja su voz, carajo.

No quiero ser el hazmerreír de nadie, no quiero ser un hombre al revés, ahora entiendo por que mi mujer en una oportunidad me obligó a que me pusiera la camiseta y el calzoncillo al revés, era para voltearme la muy sabida, se arrastraba hacia mí zalamera, pero todo no era más que falsedad, con razón dicen que uno ve caras y no corazones, tú en cambio ves los corazones y no mientes. Ella cambió, primero se hizo la permanente y acabó tiznándose los ojos, amadrinada con su amiga andaban para arriba y para abajo juntas, la televisión le encantaba y se puso exigente, chapas y coloretos eran de uso diario, quería andar igualito que las blancas y hasta aprender sus mañas y, con mis pobres haberes no podía comprarle televisión a colores y otros lujos y su alma se llenó de perversidad; no le bastó traicionarme, quiso verme acabado y en un peruro de lisa me zampó el daño. Lo estoy viendo todo, clarito, patente.

- ¡Maestro, maestro! shingue, golpee fuerte, que no desvanezca la huella del daño, estamos a punto de enterarnos de la verdad y mi amigo recobrará su salud perdida.
- Chicoteando estoy, ciento por ciento, millares por millares, vengo chicoteando en mi caballo blanco, con mi espada comandante, levantando, shingando, floreando, prende el San Pedro, prende.

Siete vientos que salen de tus siete costados silbando, sin arriscarse en las peñas, rajones cuidados por el macanche, guardián de tu magia y, por la simora rastrera, encubridora de acertijos. Tus ímpetus quedaron dibujados en una mueca contraída que se empina en las quebradas holladas por tus hordas, heridas plantas antes de nacer. Prisionero de tí mismo, esperas enfermo de nostalgia que el hombre y su mano hagan la maravilla que Con generoso te dejó; para que el tiempo y el espacio tengan las siete dimensiones de tu forma, que adquiristes en la quietud de la soledad de los siglos. Ves, oyes y hablas por los siete costados, ojos verticales y horizontales, ojos sin fondo,

sin principio ni fin, imagen pura envidiada por el resplandor del sol.

- ¡Mestro, maestro! deténgalo, no ve que convulsiona y arroja espuma por la boca, se ha olvidado tal vez de hacer el pago, porque cambia la voz, porque habla de esa manera, haga algo maestro antes que sea tarde.
- No puedo detenerlo, es el San Pedro el que habla, cuidado con el ramalazo, aquí está el malero llevándose, velando la mesa.

Jamás se me cruzó esa idea por la mente y ahora veo lo que me alumbras, lo que me descubres, ella muy suelta de huesos me juraba fidelidad, pero ya ves, su sombra oscureciendo mi vida, apagándola para quedarse a sus anchas y yo con la vergüenza encima, mujeres de esta calaña, zamarras de siete suelas Dios no debe botar al mundo. He vivido engañado San Pedro, para nada bueno ha de ser, sino para fregarme.

- ¡Maestro, maestro! el San Pedro no miente y tampoco deja mentir.
- Que siga, luego lo cortaremos con la lima y la caña dulce, zumbe la vara de membrillo, no hay vientazo que valga, aquí vengo levantando, coyuntura por coyuntura, floreando, shingando, golpeando.

Escucho en mi sueño hondo y grave, tu sutil llamado y habla mi corazón a través de la imaginación y de la fantasía, de una tristeza real que me arrastra, flojos los músculos y nula la voluntad y llegó a tus retinas que saben de historias y de encantos, siento un recor por el pasado sin remedio, por las noches impenetrables, por los amaneceres húmedos, curador de cuerpos y almas, incansable buscador de males, de los coyos, de los daños. Has sembrado tus raíces en la tierra, haciendo del hombre un soñador, sediento de misterios, confiado de tu luz, buscando su destino. Voy tras tus pasos, pisando las huellas sin borrarlas, te hallo en las Huaringas, sagrado refugio de tus ritos, en las lagunas, meciendo sus remansos, cubiertos de lunas milenarias. Has sufrido, por eso eres fuerte e imbatible. Imagen pura envidiada por el resplandor del sol.

- ¡Maestro, maestro! el hombre se desmadeja, se cae, haga algo, traíágalo lo antes posible, en qué encanto irá a parar, lo que dice no tiene sentido.
- Es el propio San Pedro el que habla, su amigo ha visto demasiado, lo que antes nadie ha visto, el secreto de San Pedro y eso se paga con la muerte.

ISOMIRO SOLIS

Sentencia y penitencia. Es agosto en el conghosto, cinco de la madrugada sin ir muy lejos. Octavo por quinto que es cuarenta. Bosteza el día, se recoje el rocío y el sol avanza. Sentencia y penitencia. En la quebrada, las piedras se hunden pisadas por los cascos de la bestia, se detiene, ventea y otea, resopla y desconfía. Madrugada con aguada, al fondo, la majada rumiando. Sentencia y penitencia. Es agosto en el conghosto. Se aleja la garúa y el algarrobal despierta, húmedo, espeso, entre oscuro y claro, aroma de puño y de boñiga, de leña rajada a golpes. Temor de súbito y mal presentimiento, tardío cargo de conciencia. La bestia para las orejas, peligro lejano, peligro próximo, orina. El líquido caliente se filtra por los guijarros, manotea nerviosa, tintinear de espuelas roncadoras, madrugadoras, dando las horas, metiéndose en los ijares espumeantes. Brinca el macho moro espiándose en el pedregal, estribos cantoneados de plata, montura de cajón de buche. Apurado por el frío, el jinete se tercia el poncho listado, piel de serrano, cobertor, arrebujador de calor, cubriéndose el rostro en el conghosto. Rumor de trote a la carrera abierta, sangre que se escapa de la cara, palideciéndola, maldiciéndola, son las bestias que bajan al jaguay a abreviar, balido de cabras y relinches, la señal de la cruz por si acaso, pero las urracas, las anunciadoras revoltosas, graznando, alarmando, negras y blancas. Sentencia y penitencia. Es agosto en el conghosto, cinco de la madrugada sin ir muy lejos. Octavo por quinto que es cuarenta.

- No le basta el contrato redondo, ni los almudes de maíz, quiere más, el vendaje para blanco, la yapa como quien dice.
- Y las faínas, las semanas de cariño, los camaricos, el pago de cruce y de rastrillo. ¿Tampoco le bastan?
- Tampoco, a don Lauro le interesa poner miel al buñuelo.
- Reclamemos, entonces.
- Quién se atreve, nos anula el contrato y perdemos tierra y casa.
- Que es como perder sogá y cabra.
- Así es.

A ciencia cierta nadie sabe la extensión de Chipillico, pero es hacienda con cordillera propia, con río y gente propia, propia de don Lauro, el hacendado. Los colonos y los arrendatarios son sólo número en sus cuentas,

en su libros, numerados como el ganado. Gran aficionado a los números —en el colegio obtuvo diploma de aritmética— don Lauro contabiliza hasta los polvos que les mete a las chinás, más a partir de este año se agrega una cláusula nueva al contrato, que desde luego no consta por escrito.

¡Isomiro Solís!. El grito rebota en el desfiladero. ¡Isomiro Solís, lis, is!. El hombre se sobrecoge y el macho se encabrita barquineando, tasca el freno, tronándole las quijadas.

- No lo dejen salir de la quebrada —dice entredientes un serrano, agazapado en un hualtaco, con sombrero junco de barboquejo.
- Acuérdense de los consejos del maestro, el plomo no va con el familiar, es demás gastar pólvora en gallinazos —agregó otro montubio emponchado.
- Cierto es, zúmbale una piedra al macho, usa la huaraca, una vez en el suelo le caemos encima.

La piedra le dio en el sentido, arribita del vendojo enguarnecido de plata fina y, la bestia se abrió de piernas. De los cerros brotaban las voces, furiosas, Isomiro Solís, lis, is. El hombre se enfrió y salió disparado, su cara amarillenta, de muerto, se atolla en una plasta de vaca, fresca, fétida. Hediondo es el peligro. Contrato redondo para el patrón, negocio redondo para Isomiro, para arriba y para abajo, propio, mandadero, recadero, lleva y trae.

- Y se presta para todo.
- Acaso no tiene familia, madre, hijas.
- Las tiene el maldicionado.

Azules los ojos como los del patrón de su abuelo, muda de pavor y desnuda. Recién encañonando, gruñó don Lauro al mirarle el sexo, agachándose para husmeárselo, acariciándole los vellos, suaves, castaños, asomando tempranamente. Buen perneador de ganado, ojo de buen cubero, la mocita está de merecer. Mira asustada al patrón, cuculita tímida, tiritándose y lo ve feo como un sapo. Mullido el colchón de algodón de ceibo, hecho por las chinás más viejas, ya saben para lo que sirve sobre un camastro de guayacán tallado. Primero el ay de dolor, a don Lauro le apetece desdoncellar y, la mocita mordiéndose los labios, deslizándosele por sus muslos tiernos, su candor, con dolor, sin amor y luego el ah de placer del hacendado, satisfecho de haber culminado, reflejado en su rostro el gusto de rallar una virgen más.

- ¿De dónde eres muchacha? —él jadeante y sudoroso.
- De Geraldo, patroncito —limpiándose con un trapo el sexo mancillado.

Y la vuelve a pisar una y otra vez, hasta la madrugada.

Isomiro Solís va a morir oliendo a caca, bien ganado te lo tienes. Se lo

dicen en sus propias narices, sin que él los pueda ver. Se arrastró como colambo por las piedras, buscando el abrigo de un overal, donde enchoparse. Siente que se le acercan, escucha que a uno le truenan las tripas y, él, embarrado de papajón, sin lograr distinguirlos. En los árboles las urracas, negras y blancas, delatándolo. Sentencia y penitencia. Pájaros aberreadores, siempre donde no les conviene, pero el seguro y el familiar son una esperanza. Serranos alborotosos, mala sangre de cristianos, les sacaré el cuero vivos, lo juro, hasta dejarlos en carne viva, como que me llamo Isomiro Solís.

- Como deja don Lauro a las mocitas que vos le llevas.
- Correo sin estampillas.
- Alcahuete del carajo, serrano sin entrañas.
- Maniémoslo.
- Hay que llenarle la cara de gargajos, para que se le entreveren con la ñoña.

Y los salivazos, tibios, gruesos, viscosos, malolientes, lo bañaron sin piedad, sin compasión, humillándolo. Bueno está morir, cuando la hora llega, pero no cagado ni gargajeado. Los serranos seguían riéndose a mandíbula batiendo, jalándose del último rincón del gahilo el gargajo pestilente, apostando a la mejor puntería, apuntando al ojo, a la ceja, a la nariz, a la boca, Sentencia y penitencia.

La música del piano llegando hasta la última choza, filtrándose por los montes, llevada por el viento. Don Lauro toca el piano por las madrugadas, cada vez que se goza con las mocitas, es su grito de guerra y se inspira y se enternece y tecléa sin cesar. Hermosas melodías y odiadas a la vez, aborrecidas por la gente, eso no es música, se lamentan, es la pena de las niñas que conocen mundo en los brazos del patrón y el piano los llama a llorar, a compadecer a la de turno. Lágrima de criatura. Y las chinas viejas preparando la tintura de árnica para frotar las resentidas coyunturas del blanco, fermento rubefaciente y aliviador. Además del piano, toca violín, la guitarra y la ocarina, aunque más se divierte tocando a las chinas a diestra y siniestra. Aburrido de las casadas se antojó de las tiernitas y comenzó un peregrinaje por sus predios.

- Isomiro.
- Mande patroncito.
- Quiero cinco de cada sección de la hacienda, estéte atento a la que mire y sobretudo cuando diga que hay que ponerle miel al buñuelo.
- Entiendo patrón, el santo y seña, como en el ejército.
- Santo, seña y contraseña, no lo olvides.

Don Lauro es lector empedernido, lee unos libros enormes, conversa que le faltó uno para ser doctor, qué libro será. Con el patrón se aprende, una

vez se me ocurrió hacer con mi mujer lo que le vi con las mocitas y a mi china le gustó, le mejoró el carácter y me empuñaba con más fuerza.

- Ya saben a partir de la fecha cada colono, cada arrendatario que tenga hijas en edad de ralle, serán para don Lauro, cinco por cada sección, yo mismo vendré a buscarlas.
- Don Isomiro, no sea malo, dígame a don Lauro que en esta sección no hay mocitas.
- Las estoy viendo serrano estúpido, nadie tiene escapatoria, don Lauro las escogerá personalmente, si quiere contrato redondo, suelten las pollinas.

Isomiro, don Lauro se hartó de nuestras mujeres y quiso carne tierna y tú te prestastes para ello. Corrías a avisarle cuando estaban envarneciendo, echando cuerpo, despuntando sus tetas y el blanco las miraba con malicia, guiñando sus ojos, saltones, bolsudos, ojerosos.

- Hay que ponerle miel al buñuelo.

Y tú bien mandado, acomedido, se las llevaba por las noches, duro el corazón para los ruegos, sordo para el llanto.

- El acomedido sale podrido, Isomiro.

Por los caminos se te hacía agua la boca, trayendo la miel sin probarla, hemos esperado con ansias este día. Día, hora y mes señalado. Cinco vírgenes por cada sección es vicio, un año que no se repetirá.

Serranos malnacidos, farfulla con la boca llena de gargajos colgándole, si no fuera por mí hace tiempo que se hubieran largado de Chipillico, sin casa, sin chacra, sin ganado, qué significa una mocita frente a todo lo que tienen en la hacienda, lo que se va a comer el moro, mejor que se lo coma el cristiano.

El sol se desparrama y a lo lejos ladraban los perros. Son cuarenta en el primer año, es la cláusula que no figura en el contrato, el yanaconazgo sexual, la ley del hacendado, bien montado, buena bestia, buena hembra, para el tedio es el mejor remedio, consejo de viejos, porque el diablo sabe más por viejo que por diablo. Don Lauro, sangre de tribuno en las venas, repleto de resabios, cumple al pié de la letra el consejo de sus mayores. El mayordomo siguiendo la tradición, también acata a pié juntillas los deseos del señor.

- Es el hueleguiso, mira el potaje pero no lo come.

Desde las cuatro de la mañana se escucha ese maldito piano, toca que te toca, incansable, monótono, taladrante, es que don Lauro ha completado las cuarenta y piensa repetir el plato, comenzar de nuevo, esta vez de abajo para arriba, porque dice que en la repetición está el gusto, regusto y capricho de

blanco. Chipillico es su feudo, nadie sale sin su autorización y los colonos encienden velas, elevan ruegos, alumbran a las ánimas benditas, imploran a Santa Lucía, la santa de las vistas, patrona de sus tierras sin ser suyas, que prive a don Lauro de sus ojos, para que no se antoje de sus hijas y, le hicieron procesión y rogativas, le prendieron en su hábito dorado los milagros de oro, relucientes, nuevecitos. Llenos de oraciones y cañazo, acabaron meándose en la puerta de la capillita.

- Hay que colgarlo de los huevos —maldecían entre eructos.
- Mejor hay que caparlo —respondían otros zigzagueando en las cuchillas.

No se detuvieron hasta llegar a una destaralada puerta sostenida por unas pitas y comenzaron a llamar en voz alta.

- Premisterio, Premisterio.
- Qué apuro los trae —contestó el aludido.
- No tanto como apuro, sólo que venimos desesperados.
- De la capillita primero.
- Del cementerio después.
- Alumbrando las ánimas benditas.

Premisterio salió, el pelo desgredado, sucia la cara, inyectados los ojos en sangre, oliendo a condurango y a tabaco, vestido de negro, sin poncho, arremangado y descalzo.

- Sé a lo que vienen, se acuerdan de mí cuando necesitan ayuda —ronca la voz, carraspeando a cada momento, curtido shingador de garganta irritada.

La choza sobre una loma pedregosa, rodeada de cardos, brillaba bajo la luna con su encalaminado techo. Los corazones golpearon los pechos agitados.

- Qué posibilidades tenemos Premisterio.
- Tengo muchos encargos, no dispongo de tiempo.
- Df, qué posibilidades.
- Hablando en números quizá un noventa por ciento.
- Y hablando en cristiano.
- Es cuestión de tener lugar a ver.

Preisterio se confundió en la oscuridad de su choza, quitándose de la luz.

- Cómo salimos del paso, dinos.

Pero se hizo sombra y oyeron de pronto la música del piano. El tecleo cargoso es una amenaza, no faltaba más que la música.

- Hay que hacer algo Premisterio —suplicaron.

La luna entra y sale de las nubes. El insaciable devorador toca el piano, con ganas de crujir el colchón de algodón de ceibo, de arrancar senos blancos y redondos, qué genio de hombre, genio de verga. Trota el macho moro de Isomiro, bañado en sudor, babeando de cansancio, fantasma nocturno, ladrón de beldades, hacedor de maldades, silueta pura, sutil figura en la negrura.

- Lo primero que tienen que hacer es esperar.
- El que espera desespera Premisterio, el blanco piensa en lo mismo.
- Es mi palabra, esperar.

Lavacara de porcelana sobre cómoda de nogal, don Lauro se prepara. Agua de colonia, sábanas de batista de cambray, camisón de popelina y el bigote recortado, acostado mirando el reloj de oro, longines tres estrellas, grand prix, tic-tac, tic-tac. Isomiro nunca falla, qué bueno es el tiempo, aumentando los deseos, imaginándose lo que ha de tocarse, olerse, besarse; exagerándose a sí mismo el placer es un abismo, insondable. Crucifijo contra el yeso, doliente, indiferente.

- Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.
- Ya dejen de rezar, que esto no se arregla con rezos, me dará un lugarcito.
- Te lo agradecemos con el alma, Premisterio.

Es por demás Isomiro, no hay seguro ni familiar que valgan, es la hora, el día y el mes señalado. Premisterio no puede equivocarse, el sabe rajarse sin golpearse. Cinco por cada sección, lo sabemos, mas aquí habemos uno que hace por todas, aclarando, uno de La Menta, otro de Geraldo y otros de Coletas, de Zapotal, de Timbes, de Llicsa, de Pampa Verde, de Sesteadero, tú bien lo sabes Isomiro, ocho secciones son cuarenta mocitas.

Se estira como chivo maneado, impotente, escupe groserías, don Lauro se enterará y no les tendrá lástima, les quemará las casas, los botará y si mucho apura, los matará, él no rinde cuentas a nadie.

- Ya te lo dijimos Isomiro, es el día, la hora y el mes señalado.

El macho moro soñado se recuerda bamboleándose, sobre sus patas inseguras. Isomiro lo ve como un bulto, será mi salvación piensa, regresará a la casa-hacienda solo y don Lauro se apensionará y me rastreará con su gente.

- ¡Sujeten ese macho! —el grito llegó terrible a los oídos de Isomiro.

Premisterio, nombre de misterio, es exacto, al final valió la pena esperar, con tal que todo salga bien. Premisterio sin apremio, sin apuros, acabando con el fulano y de paso sosegando a don Lauro. Santo remedio será y, la capillita toda meada, con la santita milagrosa, piadosa, no hay que rezar aquí

porque es malo, nos dijo. Las urracas, las urracas, no lo olviden, son la seña. Sentencia y penitencia.

- Don Lauro come criadías, para mantenerse garañón. ¿No es cierto?
- Criadías de venado, Premisterio.
- Cazado en el quinto de Luna, de ocho puntas. Es un secreto.
- Y se los llevaba don Eloy Toledo, el mejor punto.
- Se desayuna con ellos.

¡Desgraciados! ¿por qué me bajan el pantalón?, acaso no saben que es pecado entre hombres, se salarán por siete años seguidos.

- Empieza Chabelo, tu hija fue la primera, tienes todo el derecho.

Le hundió la puñalita, Isomiro berreó como chanco, sacó los huevos con la mano, calientes y gelatinosos y, el escroto quedó vacío, sangrante, palpitante.

- Llévalos a la casa-hacienda y entrégaselos a la Pancha, ella sabe lo que tiene que hacer, se los preparará a don Lauro en el desayuno, criadías para el muy garañonazo.
- Premisterio no miente, sólo las criadías de Isomiro sosegarán al patrón y dejará en paz a nuestras hijas.

Sal y ceniza en las bolsas desocupadas. El hombre desesperado, puja, rechinando las muelas, ahogándosele en la lengua reseca las palabras de clemencia, que no logra pronunciar. Le duele el cuerpo de pies a cabeza y el alma de cabo a rabo. Los berridos de dolor los recoge el congozo. Sentencia y penitencia.

Es el momento propicio dicen las artes, por algo son milenarias, las sabidurías que sólo los años pueden prestar. Hablemos en números y en cristiano. Será en agosto, al quinto día, ténganlo bien presente, cinco de la madrugada, ni un minuto de menos ni de más. Acuérdense de las cuarenta vírgenes, son cuarenta huecos perforados por el patrón, que se repetirán, pero en el pellejo de Isomiro. Además le vaciarán los ojos, para que cuando lo jalen no los alcance a ver ni con el San Pedro. Del resto no se preocupen, don Lauro se aplacará para siempre. Premisterio, nombre de misterio, hombre y medio, se refugia en las sombras.

Novedades en Chipillico, algarabía general, las gentes corren, las viejas cuchichean, los churres se santiguan, la campana de la capillita se agita en sonidos destemplados, el piano ya no suena y el macho moro, chúcaro, se suelta a las invernadas, sin jinete.

- Ya lo encontraron, comentan.
- Se puede saber adónde, preguntan.
- Claro, todo el mundo está enterado.
- En la quebrada de Pariamarca.
- Cocido a puñaladas.
- Cuarenta le han contado.
- Sin compañeros.
- Y con los ojos vaciados.

HUACO

Lo vi con mis propios ojos, que algún día han de comérselos la tierra. Allí estaba entre los escombros humeantes, intacto, brillante, mirándome fijamente, clavadas sus vistas en mi cara, hasta hacérmela doler. Quise librarme de él a como dé lugar, definitivamente, antes que acabe conmigo. Lo intenté muchas veces, primero lo tiré a un muladar, luego lo arrojé al río, en una noche oscura y fría, desacostumbrada en nuestro medio. Percibí el chasquido del bulto contra el agua y con la linterna en alto, vi que en unos segundos desapareció. Respiré tranquilo y ya sosegado volví a mi casa, con la intención de acostarme, pero de nuevo lo ví, esta vez en mi cama, húmedo aún y como siempre con esos ojos que jamás pude quitármelos de encima, abiertos, enormes, impávidos. Rápidamente lo cubrí con un trapo, confieso que la sangre se me heló y temblaba como epiléctico. Una vez cubierto con el trapo, a esas horas de la noche, me fui al cerro más alto, subí y lo aventé. Su caída fue estrepitosa, en medio del silencio produjo un ruido sordo al estrellarse contra las piedras, despedazándose, haciéndose añicos. Dormí a sobresaltos, soñando cosas terribles. Amanecí con retortijones de barriga y con ligeras, quise hacer del cuerpo y al pasar por la piedra de destilar, lo ví otra vez, sin ninguna rajadura, aunque sí lleno de tierra y revolcado y los ojos, esos huecos de luz que me taladraban, más brillantes que nunca. Maldije a las once mil vírgenes, escupí de rabia y abandoné mi casa como alma que lleva el diablo. Ya afuera, en la calle, me di cuenta que estaba calato y la gente se reía de mí. Razones me sobraban para odiarlo, para aborrecerlo con toditas mis fuerzas, desde que venía debilitándome poco a poco, secándome. Al día siguiente lo tomé entre mis manos y lo envolví con unos tocuyos, nadie sospechó lo que llevaba, parecía un surullo insignificante, amarrado con unas pioletas para mayor seguridad y me embarqué en un carro y no paré hasta llegar a Paíta, el mar era mi salvación. Pasé por la Silla del Diablo, cerradita de niebla, hecha un páramo infernal y bajé a la Islilla, alquilé un bote y me zampé mar adentro. Recién cuando vi las casas de la caleta del porte de una hormiga, me deshice del surullo y se lo tragó el mar. No demoró mucho en hundirse, remolineando y espumeando. Dí un suspiro de alivio. Tardé día y medio en regresar a mi casa y me eché largo a largo, rendido por el cansancio y la fatiga. Al ratito cerca a mi oídos sentí que reventaban las olas del mar

y me espanté, patentito, era el mar y su oleaje y la bulla salía del patio. Caminé tambaleándome y olí a playa, ese olor picante de las orillas del mar se me metió en las narices y, en la mitad del patio, los ojos echando chispas, como si nada le hubiese ocurrido, vigilándome, atento, sin perderme de vista.

Todo empezó con Valverde. Un buen día —ahora lo dudo— en vísperas de semana santa, domingo de ramos para ser preciso, me dijo, quieres hacerte rico, tener mujeres, regodearte y recibir honores y halagos. De buenas a primeras por qué conmigo, le repuse, acaso de cuenta de genio, ni yo lo conozco a usted ni usted a mí. Me ha nacido que seas tú, me respondió a secas, veo que eres un muchacho listo, tienes primaria completa, además esto es un plato de lentejas, lo tomas o lo dejas. Pensé en salir de pobrezas, quién no lo desea y el individuo adivinó en mi sonrisa la ambición que me escosía por dentro. Yo soy Valverde, sé sinceró conmigo y acépteme unos tragos de chicha. Elegante era el mayorcito, bien parecido, de sarita en la cabeza, gastaba chaleco y leontina de oro. Debe ser gente importante, me dije. Don Valverde me dio de chupar y de comer hasta hartarme, todo de balde. Comí como un perezoso. Un poco borracho le pregunté que a quién tenía que matar. No se trata de matar a nadie, tonto, me replicó irritado, la cosa es sencilla, clara como la luz del día y hermosa como el canto del gallo en la madrugada. El viernes santo, el viernes de dolores, cuando la tierra se abre, irás al cerro de Los Lazos, al llegar a su falda encontrarás un rajón entre las rocas, debajo de esas lajas musgosas por la humedad, hallarás la tumba de un gran señor tallán, lo despojarás de sus riquezas, oro macizo, esmeraldas, rubíes y brillantes y los metes en dos alforjas, es lo suficiente para que cambie tu vida. No regreses por el mismo camino, escoje otro y no se te ocurra mirar atrás, no lo olvides. Oiga don Valverde, y usted por qué no ha hecho lo mismo, por qué precisamente a mí, quiere tomarme el pelo, burlarse seguramente. Soy un viejo, me faltan valor y fuerzas para hacerlo por mi cuenta y, por último de qué han de servirme esas riquezas, si ya estoy viviendo los descuentos, tú eres el señalado y para que acaben tus intrigas, lo he visto todo al mínimo detalle, por algo soy el maestro Valverde, el más mentado de los aplicados que existe en estos parajes.

Nunca más supe de él y lo curioso es que nadie en el pueblo lo conocía, ninguno daba razón del tal Valverde, pese a que lo describía con exactitud, no hemos visto prójimo con esas trazas, se limitaban a responderme. Averigüé en la chichería donde estuvimos y las chinas privadoras que nos atendieron, muy sueltas de huesos manifestaron que no se acordaban —ni tampoco les interesaba— con quien haya estado, se disculparon alegando haber estado pezpiteando con otros parroquianos y cuando ellas pezpitean no se distraen ni para recibir la yapa. Se me hizo una confusión, don Valverde, quién sería ese cristiano, pero lo cierto es que me dejó prendido el fogón de la ambición y eso no se apaga hasta darse el gusto, antes de que a uno se le reviente la hiel.

Hice lo que me indicó y no olvidé de efectuar el pago correspondiente al cerro Los Lazos —sabía que era encantado— con una arroba de máchica con dulce de chancaca y florecillas blancas del buen querer —tanto me lo recomendó don Valverde— y me fui en derechura a buscar el rajón en sus faldas, oscureciendo casi. No me costó trabajo, tuve la precaución de frotarme los ojos con legañas de perro y enseguida lo ví. El perro es un animal que lo alcanza a ver todo —me parece escuchar a don Valverde— ve lo que los cristianos no pueden ver, a las ánimas y al muerto, ventea el peligro y, el secreto radica en sus legañas, tenlo presente. Repito, no me costó trabajo encontrar el rajón y lo que escondía, Valverde no mintió, metí todo en las dos alforjas y retorné por otro camino y sin voltear. Las cosas que llevaba sonaban como cacharos viejos, era el oro que se sangoloteaba al caminar y por pura curiosidad metí la mano y la azar saqué algo así como un espejo, instintivamente me lo puse delante de la cara y sin querer, a través del espejo miré atrás, la falda del cerro ardía con un fuego rojo e intenso. Maldita sea, grité, quién diablos me manda a sacar este espejo y por último de dónde salió, si no recuerdo haberlo recogido del rajón aquel y lo lancé lejísimos, relampagueó al hacerse trizas contra las piedras. Me apensioné, faltara que en la boca del horno se queme el pan, pero al echar una ojeada a las alforjas pensé en el oro y en mi buena suerte. Caminé y llegué a mi casa, el viento traía el murmullo de los rezos, anunciando el sábado de gloria.

A partir de entonces ya no fuí el Goyo de antes, ahora era don Gregorio y la gente confianzuda dejó de tutearme. Bien dicen que el que no la suda la despilfarra fácilmente, me volví un botarata, me daba el lujo de no recibir los vueltos y mi sola presencia en una cantina o chichería opacaba al resto y me las daba de prosista y palangano. Fabriqué casa nueva, dejé la choza donde vivía antes hecha de champas y latas viejas, utilicé horcones de guayacán y corazón de algarrobo, quinchas de pájaro bobo enlucidas con yeso, piso de cemento, fachada con puerta de madera y dos ventanas y ensercho de caña brava y pasaya, era la mejor, fresca, amplia y limpia y, sobre todo tenía excusado, era la única casa que lo tenía, era mi orgullo. Para su inauguración compré un picá y bailamos tres días, que yo recuerde, nunca en mi pueblo se hizo fiesta igual y encargué un castillo de cinco cuerpos y palomita multicolor, era pues, don Gregorio y no podía detenerme en minucias y adefesios, todo lo hacía a lo grande, donde hay plata jeringa no mata. Desde luego, como soy pico duro, no se enteraron de mi hallazgo, claro está, la gente murmuraba —más quién lo puede impedir— y comentaban acerca de un entierro, escarbado en mi casa, tanto mejor para mí. Mujeres me sobran y tantas chinas tenía a mi disposición que las deperdiciaba y, lástima me daba ver a los cholos cachudos por mi culpa. Sin embargo tengo que reconocer que la blanca de la hacienda me animó a aceptar la propuesta de Valverde. Las

viejas, que son a la vez mañosas y ardilosas, saben que cada cristiano tiene un amor oculto y el mío era la blanca de la hacienda, con qué fuerzas deseaba a esa mujer y, me contentaba con verla de lejos pasar en su camioneta, echándonos yucún hasta las verijas o cuando bajaba a la pulpería a comprar el recado. La boca se me hacía agua, me antojé de ella como se antojan las mujeres preñadas y me la imaginaba entre mis brazos de una y mil formas, qué esperanzas puede tener un cholo de pisar una blanca, ninguna, pensaba. Mi fama llegó a la hacienda y el patrón me miró de diferente modo, pero me miraba, antes ni siquiera se gastaba una mirada con nosotros, ni en la tarja. En el fondo yo lo envidiaba, por la blanca, que era su mujer. Estando un día domingo a eso de las diez de la mañana en la pulpería, entró la blanca y el corazón casi se me sale por la boca brincando, le clavé la mirada y sonrió, acabó de hacer sus comprados y se ofreció llevarme, si quieres te llevo Goyito no me hice de rogar. La blanca estrenaba camioneta nueva, el año había sido algodónero, me refería que la gente reveseaba, que yo era un platudo y otras cosas por el estilo, a las cuales yo no daba importancia. Sorpresivamente la blanca me puso la mano en la bragueta y como si fuese la cosa más natural del mundo me dijo, como la tendrás Goyito, justo cuando llegábamos a la puerta de mi casa. Entré con la seguridad de que esto no acabaría así y le agradecí a Valverde.

Regular tiempo pasó desde ese viernes santo inolvidable y el recuerdo de Valverde se me hacía más remoto. Se me borró hasta la forma de su cara, no sabía si lo ví con bigote, si era blanco o negro, zambo o lacio, para lo que me importaba, mientras esas alforjas estén en mi poder, repletas de oro y el oro me siga dando plata y poder, poca falta me hacía su recuerdo. En cambio la blanca de la hacienda sí me interesaba y me apliqué en ella, me puse al aguite en la pulpería y no demoré en topármela de nuevo, esta vez decidido a todo. Hicimos el mismo recorrido y la blanca me dijo que quería conocer mi casa, la invité a pasar y me felicitó por haber progresado —se refería al excusado— y al despedirse me dijo que vaya a la casa-hacienda, este sábado, a partir de las tres de la tarde, no te olvides, mi marido ha viajado a Lima por veinte días. Esperar hasta el sábado se me hizo un mundo, quería apurar el tiempo, arrearlo como de churre arreaba el hato de cabras de mi padre, agarrarlo a pencazos para que corra, pero tuve que resignarme. Viajé a Conambre en carro alquilado, me compré ropa nueva, brillantina perfumada para el pelo y agua de colonia, tenía que presentarme bien futre ante la blanca, pantalón de chasqui y camisa almidonada, zapatos águila americana y cigarrillos contri clú, ni más ni menos. Usted es un venteado compadre Gregorio, se animó a decirme mi comadre Paula, quien va con el genio de los hombres, masculló entre dientes.

Efectivamente la blanca me aguardaba. Sabes Goyito, arrancó, sé que an-

das platudo y quiero venderte mi ropero de cedro, para que tengas un recuerdo mío, mi marido ha ido a Lima a comprarme muebles nuevos. Me invitó a su cuarto y me mostró el ropero de dos cuerpos, ella se sentó en la cama y por el espejo la observaba —me acordé de inmediato del espejo del cerro de Los Lazos— se cruzó de piernas y le ví el calzón, me entró la calentura al cuerpo y sin poder controlar mi genio me desconocí, me le abalancé y los dos caímos a la cama, qué ropero ni ropero dije yo y nos confundimos en un abrazo. La blanca estaba deseosa, lo eché de ver. La besaba desesperadamente, recreándome en sus ojos zarcos y su pelo rubio, largo y suelto, tengo que decirlo sin tapujos, que la blanca se desnudó y calatita se me acostó en la cama, enorme, ancha, de sábanas blancas, blanquísimas, yo no sabía por dónde empezar, me aloqué besándole todo el cuerpo tibio, ahora sabrás como la tengo, le decía al oído. Sus tetas parecían matecitos redondos y duros y cuando me detuve abajo, que rico le olía su naturaleza, juro que jamás he visto cosa tan hermosa, sus vellos eran rizados y rubios, abundantes, era una mata tupida, un chope enmarañado en el que se perdía mi cara, me prendí al igual que un tábano al hundir la cabeza para chupar sangre. Sin duda estaba en la gloria y nada me hubiese gustado más, que la blanca orine en ése momento, para sentir el líquido caliente en cascada y enviciarme más de lo que estaba. No sé por qué razones, me pregunto, no pintarán la gloria como la sentía en esos instantes, cuántas almas descarriadas no se salvarían por alcanzar una gloria semejante. La pisé tantas veces que perdí la cuenta, la blanca se sosegó en sus deseos y se durmió profundamente. Después de todo era un vengador. Al arrequintarla en esa cama de sábanas blanquísimas, se me venían a la mente los abusos cometidos por el patrón y las pagaba todas juntas con su mujer, era entonces más que un vengador, era un gañarón vengador, sí, eso era.

Estando con la blanca me hice regordear de las chinas y los cholos estaban orgullosos de mí, porque era un vengador, el único que comía concha blanca a mi regalado gusto. Pero el tiempo cuando uno se divierte pasa rápido, como una exhalación y sin pensarlo mucho llegó otro viernes santo y, con él mi fatalidad. Justamente a la misma hora de mi hallazgo mientras me echaba un sueñecito sin pensión alguna, algo extraño me despertó, abrí los ojos y sobre mi pecho encontré un huaco blanco como la leche, igual que las porcelanas que tienen en la casa-hacienda y sus ojos eran dos brasas que me encandilaron. Lo tomé con miedo, su cara por ratos parecía reír, mirándolo de costado daba la impresión que lloraba y por debajo, sus labios tenían una mueca como de resondrarle a uno la madre, nadita me gustó. Tal vez el miedo o tal vez mi curiosidad me hacían verlo así. No tuve más remedio que meterlo en una talega y botarlo a un muladar, con asco. Me imaginé que todo era más que una broma pesada de un amigo, aprovechando el viernes santo, para hacerse el gracioso. La cara del huaco se me impregnó en la mente, sus ojos

y sus labios tenían vida, cambiaban de gesto, sabían sin embargo que muchos de mis paisanos fabricaban huacos para venderlos a gringos de Talara, eran huacos hechizos con su machina para tenerse por verdaderos, como el huaco blanco, esto me sirvió de consuelo y dormí a pierna suelta, libre de sobresaltos. Sin tener necesidad de ir a sufragar al campo —ahora tenía excusado— me dieron ganas y quien iba a imaginarse que allí estaba el huaco, en el excusado, me asusté y se me fueron las ganas de hacer del cuerpo. Esta vez agarré el huaco lleno de ira y lo llevé lo más lejos que pude, allá en el cerro donde mean la viejas. Durante el día me olvidé por completo del asunto, pero en la noche se escondió bajo mi almohada, lo palpé y estaba frío, como el agua serenada y hediondo a miaus. Esto no es broma, me dije y, desde allí no he tenido descanso, ese maldito huaco me persigue donde vaya, lo encuentro en sitios increíbles. Me fui flaqueando lentamente, perdí el color, la debilidad me fue ganando, dormía de cuando en cuando e intranquilo, era ya un huango, un enclenque, un zafao, en fin, un inútil, un perdido, acabé hecho un ajango. Mis amigos que felizmente no me abandonaron, me decían que era daño, la gente es envidiosa me advertían y yo les neceaba que era por lo del huaco y se compadecían de mí. El Goyo está loco, pobrecito de él. Nadie me creía lo del huaco, que gente por Dios tan incrédula. Para el maestro Gerónimo no existe el daño que no pueda curar, me consoló una tía que me salió por allí y, está al venir, vete donde él hijo, sin demora, dile que vas de mi parte.

Tú no tienes ninguna enfermedad de Dios ni del hombre, ni tampoco te han hecho daño —me cantaba con la chungana el recomendado— lo que se te ha prendido es la maldición del huaco blanco. Y Valverde, se me salió decirle. Valverde —repreguntó don Gerónimo— no existe, sencillamente no ha existido ese cristiano, ha sido el encanto del cerro Los Lazos que tomó su forma y el que te colocó el espejo en las alforjas para que mires atrás y así te prenda el huaco blanco. Así son los encantos cuando quieren fregar. Te olvidaste del acero y del azogue para la contra. El gran señor de tallanes cuya tumba has profanado es Toldora, cacique y gran doctor de los gentiles, mis artes, que no son malas, no pueden con sus artes, que son milenarias, óyelo bien, milenarias e indestructibles. El huaco blanco es su espíritu protector.

Me empeñé en destruirlo, tonto de mí, hasta que decidí prenderle fuego a mi casa, las llamas lo consumirían. Cada pared que caía ardiendo en candela, me producía una risa incontenible. En la madrugada no quedó horcón en pie, en la negrura de los palos chamuscados relucía el huaco blanco, limpiecito, con los ojos fulgurantes, me privé y no supe más de mi vida. Desperté en lo que me dijeron era un hospital, después me di cuenta que era un manicomio. No me dejan salir porque los doctores dicen que soy un loco majadero, no paro de hablar del huaco blanco. Los locos son ellos, que no se darán cuenta que este huaco está en mi cuarto, en los alimentos que me traen, en la mesa

de noche, en mi cama cada vez que me veo en el espejo —malditos sean los espejos del mundo— en ves de ver mi cara veo la del huaco y hasta el doctor tiene sus ojos, rojos, brillantes, grandazos.

ONCE DEDOS

Patentito me acuerdo como si ayer nomás hubieses sucedido. Estaba entre dormido y despierto y vide clarito que un jinete se acercaba. Le vide la pistola al cinto y la carabina en la montura. Se apeó, prendió un cigarro y esperó. Yo lo distinguí, era Demecio Távara, el bandolero que le decían "Once Dedos". Que querrá don Demecio por acá, dije, a lo mejor viene a asaltar la casa-hacienda, qué iba a ser de la pobre Chona si al bandolero se le antoja meter bala. Siempre he tenido la curiosidad por "Once Dedos", por todo lo que cuenta y dice la gente, naide hasta agora lo ha podido pañar y lo respetan desde Chalacalá hasta el Chaylo y, dicen que tiene muchos amigos en el Ecuador y que los hacendaos pagan pa' que lo maten. Amarró su mula negra en un pasayo y anduvo cosa de diez varas, le sonaban las espuelas al andar y yo rogaba que no me viera, que no se diera cuenta que estaba enchopao, cerquita, tan cerca que lo veía todo. Agazapado y con miedo pensaba en que esta vez la Chona de veras me pegaba y me rajaba el espinazo a fuetazos, pensaba además en lo que diría la patrona, que soy un descuidao, un mal mandao, un inútil, entonces a qué regresar a la casa, mejor que llegue la noche. Acurrucado estaba viendo a don Demecio que fumaba, cuando se me vino a la nariz un olor de añaz, juerte, pior cada vez que soplabla viento, quería destornudar con unas ganas incontenibles, me tapaba la boca y la nariz con tal de no destornudar aunque me quede sin resuello y don Demecio comenzó a hablar, solito, porque no tenía a naides delante, como un loco. Me hice un ovillo de purito espanto. Diantres con quién hablará don Demecio, por diosito con quién hablará. Temblaba y se me aflojaron las piernas, ya casi ni las sentía.

Agora lo recuerdo todo. Me estaba cabeceando de sueño bajo un algarrobo, porque desde las cinco de la mañana la Chona me levanta a gritos a prender la leña en el fogón y parar la olleta del café. Dejuro que en una de esas dormidas, estando desaprevenido cuando el sol se enterraba, se me perdieron esas dos patas negras, justo cuando ya me volvía a la casa hacienda. Las busqué apurado y sólo vide la güella de los colambos, me escupí el pecho y me puse a llorar.

Compadre, decía don Demecio, yo soy muy puntual, pero le ruego que me dé un plazo más y, una voz salió de por allí, como si hablaran dentro de

una limeta rota o de un pozo rajao; ya te he dado muchos plazos, cumple el pacto, recuerda que de ti he hecho el bandolero más mentao, naide ha podido agarrarte, ni siquiera el gendarme Marigorda, ni una bala te ha tocao, ni te ha rozao, agora vengo por lo mío y debes cumplir el pacto. No, no, se lo suplico compadre un plazo más y soy de usted en cuerpo y alma y, de nuevo la voz de la limeta, entre plazo y plazo se va más tiempo del convenido. Yo sentía pior el olor de añaz, fétido y jediondo y no podía la tiritadera de mi cuerpo del sófero frío que hacía, las muelas me rechinaban y la bulla de los grillos y las chicharras por ratos no me dejaban oír bien. Por mi cabeza ale-teaban lechuzas y alalacos y hasta un huanchaco oliscón se atrevió dir al vi-chayo donde estaba escondido. Ya era avanzada la noche porque la luna es-taba alta, lo menos serían las doce y yo ya no aguantaba más y quería gritar, los mocos se me chorreaban y hasta ganas de orinar me vinieron, sería del frío. Pero es malo orinar en el campo de noche y me acordé de la Chona, a Gumeriendo una vez niando de noche se le trepó por el chorro del miao un capón y se le metió quién sabe donde, sólo un brujo se lo pudo sacar. A la Tomasa se le prendió un cientopiés en mala parte y de pura vergüenza no dijo, hasta que murió consumida. De pensar en lo que contaba la Chona se me fueron las ganas de orinar.

Pero compadre, insistía don Demecio, esto es un plazo especial, cierto es que he logrado todo, sí todo, menos una cosa, no he podido matar al hacendao del Chaylo, por eso le pido este plazo. De la hacienda el Chaylo, don-de estoy yo con la Chona.

De tanto taparme la nariz y la boca ya me sofocaba, esto te pasa por des-cuidao, me decía a mí mismo, que necesidad tienes de verte en estos apuros y todo por las patas negras que se perdieron. Llevaba diez días cuidándolas, como lo había ordenado la Chona, porque eran de la patrona. Con ellas me estaba todo el santo día. Tenía que estarle a su lado, si no la Chona me ame-nazaba con darme de fuetazos y abrirme el espinazo. Tiene un fute, es un cabestro y lo llama juan moreno, porque dice que quita lo malo y deja lo bueno, pero lo tenía por mientras, a un montubio de Sicchez le encargó que le traiga una bijama y, tú sabes Celestino, me decía la Chona, que la bijama tá hecha del viril de toro y no solamente raja el espinazo sino que lo quema y naides quiere andar con el espinazo quemao, así que voy a tener que aga-rrarte y cruzarte a bijamazos si no obedeces, estás en juicio y no cargosees, yo no pego de manatural.

Ese no es mi problema, salía la voz de la limeta gangoseando, cumple con lo tuyo. Sólo un plazo más compadre y yo vide que don Demecio lo decía con desesperación, quiero matar al hacendao del Chaylo porque él mató a mi padre, a mi taita que en ese maldito cepo, prendido de pieses, de manos

y de cabeza. Se les desgarraba el gargüero gritando sin poder yo hacer nada. Mi madre lloraba y rezaba el rosario, luego, en un rato de ira le rompí el rosario, diciéndole que no servía para nada, que esas cosas también las usaban los patrones, se lo volví a repetir. Por eso le ruego un plazo más, haremos un pacto vivo, un pacto vivo para que después cargue conmigo en cuerpo y alma y ya no habrán más plazos.

La patrona quería que sus patas no se vuelvan colambras y por la casa hacienda habían agüaitado un nudo de colambos y estos animales son bien apetecidos de las patas, les gusta pisarlas y ellas ponen güevos y en vez de salir patitos salen colambos, pero las patas los aborrecen y algunos se mueren. La Chona dice que los güevos de pata son buenos para hacer pan, pero ay si los güevos son de colambo, quien come pan con güevo de colambo sufre del corazón para toda la vida, así Celestino mira a cuatro ojos y no dejes que los colambos pisen las patas y si me llego a enterar que las han pisao, a tí te haré comer los güevos para que sufras del corazón.

Clarito le vide la mano derecha a don Demecio tenía seis dedos, por eso le decían Once Dedos. El viento trajo de nuevo la voz de la limeta, no hay plazo que no se venza ni deuda que no se pague. Compadre, compadrito, rogaba el bandolero, nunca pude olvidar los gritos de mi taita y esos gritos me atormentan, gritó hasta que murió y tuve que ir en burro a recoger su cadáver. Tampoco puedo olvidar el grito que pegó mi madre cuando lo vido atravezado sobre el jumento, sin vida, dijunto pa'siempre.

Yo les tengo miedo a los colambos, después de todo son culebras, que betean feo y muerden igual que los perros, sus muelas son filudas como las del huamingo. La Chona dice que cuando los pañan churres y les dan leche de puerca se vuelven mansitos y cuidan las chacras, en el día están enchopaos y de noche salen a cuidar los sembríos. En veces me dan ganas de pañar uno, pero de donde voy a sacar leche de puerca para darle. Me comentaron que la Chona lleva treinta años de cocinera de la patrona y que me cría ende que era un churre como mismo hijo, pero yo no me acuerdo de nada, sólo que todos me llaman Celestino.

Deme el plazo compadre, no sea malito, después que mate al hacendao de nada más tengo que preocuparme, el único hijo que tengo está en buenas manos, lo tiene doña Asunciona la cocinera del Chaylo y, doña Chona cuando me lo recibió me prometió cuidarlo. Esta vez sí que el cuerpo me tiritaba como ataque de alferesía y me frotaba las vistas por si acaso estuviese viendo visiones.

La Chona me reñía y me correteaba con el chicote, pero no me pegaba, debe ser buena la pobre y jamás me tuvo con la barriga vacía. En la alforja me ponía el mote, la limeta con chicha y la carne cocinada y, cuando caía

enfermo me curaba, como cuando me atorozoné de tanto comer algarroba y me puso una lavanba de yerbas amargas o cuando me empaché de tanto comer mango verde con sal. Yo le robaba la sal de la cocina y me chapó al encontrar debajo de mi petate las pepas todas chupadas, asimismo cuando me empuñó el mal de ojo y me escupía agua de sereno para agüenarme.

Esta vez la voz de la limeta de veras que se molestó. No hay más plazos, gritó, plazo es plazo y se cumple. Don Demecio se agitaba suplicando por un placito más que sea, será el último que pida, decía, no puedo irme de esta dejando vivo al hacendao, dejando los gritos de mi padre, las lágrimas de mi madre, eso no lo agunto.

Ahora que estoy maltón, la Chona me aconseja, como voy a dentrar al desarrollo tengo que envarnecer para trabajar con el patrón, cuidando el ganado en el monte, para que me haga hombre de gobierno de una vez por todas y olvide las palomilladas de los churres, porque a los patronos no les gusta la gente malcriada ni majadera, sino obedientes, que hagan bien los mandaos, si se portan mal los mieren de huarrinos.

He dicho que no hay más plazos, repetía la voz de la limeta. Luego todo se calló, un buen rato no escuché nada, el viento soplabá fuerte y revolvía el pelo de don Demecio, pero algo por allí me pareció oír, saca tu pistola y dispara dos veces a ese cando que tienes enfrente y, así lo hizo el bandolero. Los tiros me retumbaron en los oídos y vide la candela salir de la pistola y me quedé privao.

Después sentí unos picotones en las costillas y me recordé abriendo con flojera los ojos, ya el día clareaba. Eran las patas perdidas las que me picoteaban, aparecieron a mi lado. Me levanté y vide que por allí no había pisadas ni de cristiano ni de bestia, sólo callanas rotas, de juro fue una pesadilla, me dije. A un costado espejeaba el agua de la quebrada y juime entonces para la casa-hacienda llevando las patas, con la seguridad de que la Chona me empuñaba a bijamazos, aunque pensaba arrodillarme y pedirle perdón. Bajaba por la loma que agarra el camino real y avisté la casa-hacienda, todos corrían como desafortados a ella y me encontré con la novedad de que había muerto el patrón y corrían a enterarse. Me alegré, con finao de por medio, la Chona se olvidará de pegarme y apuré el paso a la novelería del muerto. La peonada rodeaba la casa y de dentro salía un llanto de mujer, era la patrona, al dijunto ya naide lo podía revivir. Lo hallaron muerto en la madrugada al pie de un cando, no le encontraron ningún hueco de bala, ningún ramullón, enterito dicen que estaba, nada le faltaba y hasta las espuelas de plata las tenía puestas. Su caballo regresó sin jinete y le siguieron el rastro hasta que dieron con el hacendao, con su cuerpo ya muerto. Vide a la Chona al lado de la patrona,

agora ya viuda, que la consolaba, mientras seguía llegando más gente. Poco a poco me acerqué al dijunto, no me dio pena verlo y me salí rápidamente y vide pasar al mismo Demecio Távara, al Once Dedos, en su mula negra, delantito de la casa, de frente sin mirar a naides. Pegué la carrera abierta a darle el alcance, pero desapareció coronando una loma, su mula no dejaba rastro, iban como en el aire, naides lo vido sino se hubiesen inquietado, pero yo lo vide, yo solito lo vide, lo juro por esta candelita y, cuando miré mis manos yo también tenía once dedos.

EL SUEÑO DE TALLAN

Los anaqueles del museo limpios, perfectamente alineados y numerados, brillantes y emborronados, exhibiendo cientos de ceramios. La vida cotidiana del tallán representada en el barro creador, dador de vida por siglos y siglos. Indestructibles imágenes perennizadas en las manos del artista, en el momento de la siembra, en la danza, en la cosecha, en los ritos. Rostros sonrientes, rostros de dolor y angustia, firmes y delineadas facciones de la raza que venció los arenales. Hablan por sí solos, dialogan entre ellos del pasado que será futuro, porque no son ceramios de derrota sino de triunfo. Qué es la muerte para ellos, acaso un tránsito hacia otra vida, tal vez el declinar del hombre o quizás el fin, la nada imperceptible. No, la muerte es el futuro y el tiempo les dio la razón. Allí los tenemos, a veces alegres, otro tanto tristes, frente a nosotros, nos miran, somos observados y no observadores. Una carcajada, un gesto fiero de guerrero, una postura hierática de brujo, una mirada destellante de magia, un sacrificio propiciador o quién sabe un sueño a punto de realizarse.

Lentamente las alumnas del colegio "Boston High School" se desplazan entre los anaqueles, alertas a las enseñanzas del profesor y, les indica, enseguida pasan al salón de los ceramios de la fecundación. La cultura tallán se caracteriza por el interés puesto en la fecundación. Mazorcas de apretados dientes de maíz en conjunción de corolas y pistilos y, mujeres tallanes en gestación, hinchadas sus barrigas, dulces sus rostros. La fecundación es alegría y es belleza. Alumbramientos apacibles, sin dolor, el fruto maduro saliendo del vientre, cayendo a la madre tierra, mojiéndola con el agua de la fuente rota en el instante oportuno. La naturaleza uniendo sus fuerzas productivas en armonía celestial, en el momento más sublime de su vida, la parición. Por el anaquel vecino, asoma impávido y enhiesto un enorme falo. El falo tallán, el fecundador de vientres y el abultador de barrigas. Adorado como instrumento divino por las sacerdotisas tallanes que velan el fuego eterno de Ñari-Walác, el fecundador original, el padre de las razas. El ceramista, imitando a los dioses, lo hizo a imagen y semejanza, porque el momento más artístico de la vida es el coito. Rápidamente despertó el interés de las alumnas y lo contemplaron con devoción, en medio de cuchicheos y cedazos y miradas cargadas de malicia dirigidas al enorme glande y al meato listo a eya-

cular. Es tan nítido, que de no haber sido por los vidrios que lo protegían, lo hubiesen tocado y acariciado suavemente.

Cashano, tronco grande, has venido al cerro de la salvación, al Vic-Cush, a ver a Tingu, el diestro alfarero, el artífice de las divinidades. Llegas llorando tu pena y tu aflicción por el amor de Peñac-Alac, la hembra más hermosa del pueblo tallán, la del pugo virgen e intacto, el que ningún hombre ha visto o tocado, sólo las aguas del río Lengash han besado su naturaleza de embriagadores perfumes. Reservado para la segunda vuelta de Walác, el pugo de Peñac-Alac no será para tí Cashano, tronco grande; lo sé todo y veo pasión en el fondo de tu corazón. Tingu calla y se cruza de brazos, esperando la voz del cashano. Manos maravillosas conducidas por los espíritus, Tingu modelador de los barro salidos de la madre tierra, harás un ceramio de tronco grande, soy guerrero y amante y sufro por el amor de Peñac-Alac, la que jamás estará a mi alcance, algún día será pasadas muchísimas lunas, que la muerte es ir al más allá, al futuro. Le pedí que sea mi esposa y me rechazó, me arrojé a sus pies, suplicante y, con aire altanero me desdeñó, soy de Walac, me dijo y, Walac es siempre Walac, su espíritu está en todas las cosas, él debe poseerme, lo espero con ansias. Golpeé con furia las piedras del suelo, nadie ha osado tratarme así, a Cashano, el tronco grande, el orgullo del tallán, el hinchador de vientres y mi sueño es poseer su pugo y fecundarla, te lo repito Tingu, empieza ya.

Se lo confió a su mejor amiga. Al comienzo se ruborizó de vergüenza, era natural, pero tenía que confesárselo a alguien de su confianza. Aquel sueño le pareció horrible y agradable a la vez. Se vio posando sus manos en el huaco en forma de falo que exhibían en el museo, lo sintió tibio como si tuviese vida. Son sueños eróticos, le respondió la amiga muy comprensiva, estamos en la edad y nos lo han enseñado en el curso de psicología, cualquiera los tiene. Sí, lo acepto, pero el falo lo veo todas las noches y me despierto con una extraña sensación de placer y temor, viene de un túnel luminoso, de sonoros rumores, casi murmullos y en el fondo se dibuja el espectro de un hombre fornido, que se me ofrece, caminando, intenta cogerme y llevarme con él, sé que grita y me llama, aunque no percibo su voz, entonces me recuerdo en medio de sobresaltos.

Garzos son sus ojos y sedosa su cabellera. Diecisiete años de hermosura exuberante. Janet Shirley es la más bella de las colegialas del exclusivo "Boston High School" y fue ungida reina de la promoción "Mater Admirabilis". Su coronación tendría lugar a fin de curso, en suntuosa fiesta, digna de lo más granado de la sociedad piurana. El sol de Colán acariciaba su espigado y proporcionado cuerpo y, cubríalo un bozo dorado en provocativas y bronceadas carnes, el tono de moda para la piel de veraneantes de reservada

playa de blancos. "Coppertone" solía decirlo en inglés ella misma, que lo hablaba con fluidez, orgullosa de su abolengo sajón.

Tingu eligió la arcilla más fina y se puso a trabajar. Cashano inmóvil, posaba en silencio, con la advertencia de no mirar hasta concluir la labor. Las manos húmedas se deslizaron sobre la argamasa informe, buscando la silueta ideal, el creador plasmando su obra, absorto en sus pensamientos evocadores de espíritus, rogando que guíen sus brazos hacia la figura perfecta. Barro y agua, dedos de artista metiendo vida en lo que antes era tierra inerte. Sudor y barro, destilando la frente el líquido salino que se funde con la arcilla. Energía de ceramista transmitida con el vigor del movimiento pausado, firme y sereno a la imagen naciente, perfilándose ya lo que al final ha de ser. Barro y nervio, obediente al deseo del genio hacedor, respondiendo con sutil temblor las vibraciones de alma que se lleva y se pone en cada músculo. Sangre y barro, vitalidad de la raza en el devenir de los siglos. Barro y lágrimas, por el más allá que regresará en el futuro a través de los ceramios. Barro y sol, viento y barro, templando en el amasijo el brillo del color en la rigidez del molde; en la curva, en el ángulo, en el orificio y la base, la solidez perdurable e inquebrantable de la belleza eterna. Tingu modela, Tingu medita, sabe que en el barro quedará agua, sudor, nervio, sangre y lágrimas y tendrá vida que se agigantará en infinitas lunas. Cashano, el guerrero afligido de amor, imaginándose a la rebelde Peñac-Aiac desnuda en el río Lengash, con el pugo al aire, generoso en vellosidades, nadando plácidamente, mostrando su escultural cuerpo al sol, a la atenta mirada de Walác. Ah, cómo abrazarla y besar su cuerpo, cómo reposar la cara sobre su pugo y poseerla una y otra vez y, Cashano, tronco grande, posa para Tingu con el falo erecto.

Impulsada por un irresistible deseo de tener en sus manos el huaco del falo, el de sus continuos sueños, Janet Shirley decide ingresar sorpresivamente al museo y extraer la pieza. Son las siete de la noche y ya casi nadie queda en las salas. Todo es silencio y los anaqueles libres de los curiosos ojos de los visitantes, permanecen solos. Nada la detiene, ni siquiera el peligro de ser sorprendida por el viejo guardián, que a duras penas camina con su reuma a cuestas y, de ser acusada de ladronzuela. Avanza resuelta al salón de la fecundación y con su propio zapato rompe el vidrio y se hace del huaco, lo oculta en su maletín y abandona a toda prisa el local y no para hasta El Chipe, lugar de su lujosa residencia. A las diez de la noche, a hurtadillas en su dormitorio, lo coloca sobre su mullido lecho y lo devora en todos los ángulos posibles. Al tocarlo con sus manos se estremece y el cuerpo le trepida, entonces lo agarra en toda su dimensión, estrechándolo contra su pecho, contagiándole su calor y duerme con él.

Tingu continúa, viene la segunda y última parte, el horneado y, la es-

cultura cruda entra al fogón crepitante. La cocción se encargará de darle la dureza definitiva, el liso y aporcelanado acabado de su superficie, frágil, delicado y sensible, de agudos timbres al menor golpe, la íntima musicalidad de la tierra y, Tingu, curioso, pregunta: Cashano, tronco grande, para qué quieres tu viril representado. Me tomarás de necio, pero acaso alfarero mágico, no sabes que estamos en el cerro de la salvación. Un sueño, sí, un sueño me habló del viril que no probó Peñac-Alac y que es mío, sin duda, que dará vida en el más allá; no será vulgar representación, porque encierra en su forma la fuerza de mi raza y penetrará en el futuro y engendrará. Lleva en los granos de tierra moldeada por tus dedos y cocida por el fuego, sangre y nervio de mi ser, naturaleza viva como la que tengo hoy, la fecundación divina de interminables lunas.

A eso de la medianoche se despierta, siente húmedos sus muslos y palpitante el sexo, la piel le quema y suda copiosamente. Despacio, muy despacio, se acerca el huaco falo y se lo posa sobre sus turgentes senos, respira profundamente y lo recorre por su vientre, poco a poco acentúa las frotaciones en movimientos frenéticos, se contorsiona en espasmos y percibe el latido de sus entrañas. El espectro del túnel se le presenta, en unos instantes lo tiene entre sus piernas, bien dispuesto, el glande le roza las carnes ardientes de deseos.

El reloj del patio suena sus doce campanadas y por la ventana, la luna, la infinita luna, contempla la escena.

Janet Shirley se entrega al placer y se introduce el falo, penetrándole el interior virgen, desdoncellándose y se agita convulsa, gime y jadea a su gusto, la cama cruje y la habitación se estremece. Luego viene la quietud absoluta.

Perezosamente la luna se esconde tras las nubes.

Tingu completa su obra, es tan real, comenta, que cualquier mujer lo robaría para tenerlo cerca. Cashano, tronco grande, cavila. La prolongación de la vida y de la estirpe asegurada y regresa sonriente, sólo le queda en el recuerdo la figura de Peñac-Alac, la del pugo virgen y se entristece, golpea la tierra con ira y la noche lo sorprende con las manos ensangrentadas de tanto machacar el camino en el mismo sitio.

La marifileña luna lo acompaña en su soledad.

Todos la esperaban para la coronación, la tan ponderada fiesta de promoción, el baile de las debutantes. Los padres encenderían a sus propias hijas el primer cigarrillo en público, en señal de emancipación. Esa noche debería lucir bella como antes nunca lo fue, maquillaje y traje de noche, zapatos de

taco, sofisticado peinado, el orgullo de la sociedad piurana. En la casa, sus padres preocupados, la niña está indispuesta, un ligero dolor de estómago, una pasajera indigestión, pero su semblante revela palidez y sus ojos apagados, cansancio. Janet, exclaman los padres, haz un esfuerzo, tienes que ir a la fiesta, eres la estrella, la mimada de la concurrencia y, ella en la cama, recibiendo señales de vida que escapan de su vientre, la concepción brotando de su claustro materno, patente, reveladora.

INDICE

Palabras urgentes	3
TOMAPAMPA DE JAMBUR	5
OJO HONDO	11
MEJOR NO HUBIESE VIVIDO	17
PROMESA	23
SANANTUCO	27
LOS POTEROS DE QUIROZ	33
DOÑA MANUELA DE LA TRANSFIGURACION	39
PRENDE SAN PEDRO, PRENDE	45
ISOMIRO SOLIS	51
HUACO	61
ONCE DEDOS	71
EL SUEÑO DE TALLAN	79



3 9001 02777 7013

Impreso en el Centro de Proyección Cristiana
Jr. Aguarico 586 - Breña - Teléf. 232609
LIMA - PERU

00012

8 1 8 8



VICTOR BORRERO VARGAS nació en Sullana (1943). Cursó estudios en el Colegio Santa Rosa y los culminó en el Colegio Ignacio Merino de Talara. Sus estudios superiores los hizo en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, donde se recibió de abogado en 1968. Actualmente ejerce su profesión en Sullana. Ganador dos veces consecutivas, 1986 y 1987, de los Juegos Florales organizados por el Instituto Nacional de Cultura, filial Piura. La primera con el cuento: *"Al Alma de Torres"* y la segunda con la pieza teatral *"Tangará"* (Drama histórico en tres actos y quince escenas) aún no pu-

blicado. Ganador Finalista de V Bienal de Cuento COPE organizado por PetroPerú, con el cuento *"El Sueño de Onésimo"* y que trata sobre la histórica rebelión de la comunidad de Chalaco y la toma de Piura, ocurrida el 28 de enero de 1888. Piensa publicar más libros de cuentos y próximamente editará su primera novela, ambientada en Sullana en la década del cincuenta.

"O encuentro camino o me abro uno" dijo el poeta Chocano hace muchos años. Hoy Victor Borrero trajina —con firmeza y elegancia en el lenguaje— por una senda que inició hace cuarenta años Francisco Végas Seminario. Borrero ha adicionado a esta senda el elemento mítico tallán, y es así como a través de sus doce cuentos nos encontramos con el legendario tallán que busca preservar su raza, con el cholo acorralado por la sequía, con los nostálgicos y pícaros recuerdos de dos difuntas, con el dolor del macho que no llega a tiempo a la muerte de su china, con el cholo tratando de torcerle el pescuezo a su destino de paria, con el astuto cholo vengándose del usurero, con la estigmatizada bruja recordando la historia tallán del maíz, con el cornudo al que por esos avatares del destino le es revelado el misterio del San Pedro, con la venganza comunitaria, con el cholo castigado por profanar las huacas tallanes, con el bandolero compactado, y finalmente con la resurrección del hombre tallán. No hay duda que los espíritus de Mec Non y Nari Walac han guiado la mano de Victor Borrero al escribir los cuentos que el lector tiene en sus manos.

Houdini Guerrero Torres